





'E
on

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

LA RIMA ETERNA

COMEDIA EN DOS ACTOS

INSPIRADA EN UNA RIMA DE BÉCQUER



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
1910

LA RIMA ETERNA

Serafín y Joaquín Álvarez Quintero

LA RIMA ETERNA

COMEDIA EN DOS ACTOS

INSPIRADA EN UNA RIMA DE BÉCQUER

Estrenada en el Teatro Lara el 23 de Noviembre de 1910



MADRID

1910

Á LA MEMORIA

DE

LOLITA SÁNCHEZ MORA

DE ÁLVAREZ QUINTERO

... Podrá no haber poetas; pero siempre habrá poesía.

BÉCQUER.

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
LA ENSOÑADORA............	Concepción Ruiz.
ANA MARÍA..................	Joaquina del Pino.
ROSAURA.....................	Mercedes Pardo.
LA SEÑORA IGNACIA........	Leocadia Alba.
DON VIRGILIO...............	Ricardo Simó-Raso.
LEONCIO......................	Ricardo Puga.
TELMO.........................	Luis Manrique.
DON JUANÍN..................	Francisco Barraycoa.
UN ZAGAL....................	N. N.

ACTO PRIMERO

En tierras castellanas y en uno de los patios exteriores del muy noble y vetusto Monasterio del Valle, pasa la acción de esta comedia.

Hay en este patio ruinoso, cuyas piedras están carcomidas y ennegrecidas por el peso y azote de los siglos, una tapia almenada al frente; á la derecha del actor, un elevado muro cubierto de hiedra y de campanillas azules, y á la izquierda una puerta de arco, sobre la cual aparece, borroso ya y deshecho, un rico escudo señorial. Por esta puerta se va á los patios interiores, al claustro, á las celdas, al olvidado templo. Por entre el muro de la derecha y la tapia se sale á poco andar á los fértiles campos que rodean el derruído edificio. Al pie del muro de las campanillas hay un ancho pilar que sirve de asiento, y al lado de la puerta dos ó tres sillas toscas y algún banco.

Los jaramagos y las zarzamoras que asoman entrelazados por las almenas de la tapia, las amapolas y las margaritas, las espigas y plantas parásitas que crecen libres donde quiera, y el musgo y la yerba menuda que brotan entre las grietas de los muros y en el suelo, son pintoresco y fiel testimonio del abandono y soledad en que el vetusto y noble Monasterio se halla.

Es la hora del crepúsculo de una clara tarde de primavera.

—

Del interior del Monasterio sale TELMO, mozo despierto y vivo, de inquieta y preguntona mirada, y de tez morena, tostada y curtida por el sol y el aire campestre. Va en mangas de camisa, y lleva calzón corto, media azul y abarcas, y sobre la rapada cabeza sombrero de anchas alas deformado y roto. A poco de salir corre como picado de curiosidad hacia el campo, y entabla un diálogo con un caminante que pasa lejos y á quien no se ve ni se oye.

TELMO

¡Eh! ¡Eh! ¡Tío Carrascas! ¿Adónde bueno?—¿Que adónde se va?—¿Y á qué va usted ahora á Jarraque?—¿Por qué?—¡Ya!—¿Y de dónde se viene?—¿Y cómo es que viene ahora de Lentisco?—¿Por qué?—¡Ya!—¿La mujer buena?—¡Me alegro! ¡Que se alivie!—¡Para pocos trabajos está el rucio!—¡Vaya usted con Dios!... Reflexionando sobre el pasado coloquio. Ni vas á Jarraque, ni vienes de Lentisco, ni tiene mal de oídos tu mujer, ni confesándote con el cura dices tú una palabra de verdad, tío Carrascas. ¡A mí!

Sale en esto la SEÑORA IGNACIA, del interior del Monasterio también. Es abuela de Telmo y guardesa del abandonado edificio. Viste al uso de las viejas aldeanas de Castilla.

SEÑORA IGNACIA

¿Con quién hablabas, Telmo? ¿Al fin con el caballero de ayer?

TELMO

No, señora, no; hablaba con el tío Carrascas.

SEÑORA IGNACIA

Por hablar te pereces. ¿Qué tienes tú que hablar con el tío Carrascas?

TELMO

Abuela, en estas soledades, á un pájaro que pase le he de preguntar por qué pía.

SEÑORA IGNACIA

¿Y sabes que me tiene ya puesta en cuidado el tal caballero? Pero ¿es posible que no lo hayas visto ni divisado en parte alguna?

TELMO

Como si se lo hubiera tragado la tierra. Esta mañana me pidió el caballejo para recorrer muy á su sabor estos contornos, y hasta ahora. Y van á dar las oraciones.

SEÑORA IGNACIA

Mal hiciste en prestarle el animal sin saber quién era.

TELMO

Eso, no: el dedo no me lo chupo todavía. Primero, abuela, que su porte es el de un señor; segundo, que saludó como amigo á don Virgilio, y tercero, que me ofreció buenos dineros por el alquiler.

SEÑORA IGNACIA

¿Por qué no subes al Monte Lunario á ver si desde lo alto lo divisas, antes que sea de noche?

TELMO

Subiré, subiré; que más que á usted que no lo monta me importa á mí el caballo.—Aquí tenemos á don Virgilio.

SEÑORA IGNACIA

¿De vuelta ya?

Llega del campo DON VIRGILIO, en efecto. Es un viejo de sesenta años y de noble y serena presencia. Sus ropas son sencillas, de color oscuro. Trae quitasol y un libro.

DON VIRGILIO

Ya de vuelta. Salí más temprano y he llegado hasta la Peña Vieja.

TELMO

¿Hasta la Peña Vieja, don Virgilio, ha llegado hoy?

DON VIRGILIO

Sí.

TELMO

¿Por qué?

DON VIRGILIO

Sonriendo con bondad. Hombre, porque consulté con las piernas, y me dijeron que estaban dispuestas á llevarme. Se sienta en el pilar.

TELMO

Corriendo de improviso hacia el campo, como antes. ¡Eh! ¡Eh! ¡Nicanora! ¡Nicanora! ¡Mira qué maja vas!—¿Al mercado?—¿Y á qué vas al mercado?—¿Por una saya?—¿Para ti?—¿Por qué?—¡Ya!—¿Por qué?—¡Ya! ¿Es que quieres embobar á tu novio?—¡Anda con Dios!... Volviéndose á su abuela y á don Virgilio. Ni va al mercado, ni tiene dineros para una saya ni por donde le vengan, ni sabe á lo que sabe la miel de un novio. ¡A mí!

SEÑORA IGNACIA

No casques más y anda á lo que importa.

TELMO

Mal negocio es ese que importa, abuela. De aquí á un rato. Se va hacia el campo entonando una serranilla.

Por coger una rosa
de tu ventana
me espinó las dos manos
la otra mañana.

SEÑORA IGNACIA

No callará su pico, no.—Y usted, señor, deje ya el libro, que bastantes cosas sabe usted para llevarse como se lleva el día quemándose los ojos.

DON VIRGILIO

¡Ay, señora Ignacia! Si ya no me quedan más camaradas que estos.

SEÑORA IGNACIA

Pero ¿no ha venido usted al Valle á reponerse, á olvidar su pena?

DON VIRGILIO

A olvidar, no; á reponerme, sí. Para mi pena no hay olvido, señora Ignacia; y tal vez en que no lo haya está el consuelo.

SEÑORA IGNACIA

Sí que es dolor á ningún otro comparado: ¡tener una sola hija y perderla!

DON VIRGILIO

Harto logro con andar de pie todavía, con apariencias de hombre vivo. Y dígame si en los doce días que aquí llevo, no soy ya otro del que llegó.

SEÑORA IGNACIA

Sí por cierto. Venía usted macilento y caído, y ya gracias á Dios se le ve otro semblante.

DON VIRGILIO

No es la primera vez que me devuelven la salud del cuerpo y la del espíritu á la par, estos puros aires de las

cumbres vecinas, aún cubiertas de nieve; y eso que ya va bien entrada la primavera.

SEÑORA IGNACIA

¡Oh! Para la salud no hay como el Valle. Esto es la flor de las dos Castillas. Bien canta la copla. Ya supieron los frailes donde ponían el Monasterio, ya. No se lo llevaron á ningún callejón sin salida. Si la gente se enterara de lo bueno que este sitio es, en lugar de esta soledad en que estamos ahora, esto sería una feria. Años atrás, en vida de don Miguel Rastrojo, el último conservador que tuvo el Monasterio, venían con bastante frecuencia en la primavera y en el verano, y aun en el otoño, extranjeros, ingleses, artistas, parejas de novios... otras parejas que me querían hacer creer á mí que eran de novios... ¿usted me comprende?... y pasaban aquí algunos hasta los quince y los veinte días. Pero desde que murió aquel señor, y luego la señora Duquesa, esto ha quedado, don Virgilio, á las inclemencias del cielo. Al señorito don Enrique digo yo que se le da tanto de las tumbas de los abades y de sus parientes guerreros y príncipes, como á mí de las coplas de Calaínos.

DON VIRGILIO

Ah, no cabe duda. Pues pocos años más de este abandono incomprensible, y el Monasterio se vendrá á tierra. ¡Qué lástima!

SEÑORA IGNACIA

Eso dicen los extranjeros.

DON VIRGILIO

¿Vienen algunos todavía?

SEÑORA IGNACIA

Contados ya. ¿No ve usted que cuesta Dios y ayuda llegar hasta aquí? Que si el tren, que si el otro tren, que si el coche, que si los burros... Por mucha afición que le tengan... Eso sí: los que vienen van de asombro en asombro. ¡Qué visajes al entrar en el claustro; y delante de la portada del templo; y en el templo mismo; y frente á la torre; y en las celdas!... ¡Oh! Salen alborotados. Pero yo les temo á esas visitas.

DON VIRGILIO

¿Por qué, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA

Porque como todo lo hablan en su jerga, francés ó inglés ó diablos encendidos, Telmo, mi nieto, que se quiere enterar de todo, no se entera de nada y se acuesta con calentura.

DON VIRGILIO

¡Ja, ja, ja! Levantándose. Oiga: ¿y el muchacho que llegó ayer?

SEÑORA IGNACIA

Esa es otra copla. A buscarlo ha salido Telmo, precisamente. Porque ha de saber usted que se fué de mañana á caballo y esta es la bendita hora en que no ha pa-

recido. Imagine usted, en un terreno tan engañoso y lleno de peligros como este... Yo estoy sin sombra. ¿Usted conoce á ese caballero?

DON VIRGILIO

A él poco. A su padre lo conozco más.

SEÑORA IGNACIA

Y ¿qué tal es su padre?

DON VIRGILIO

Su padre—de usted para mí, señora Ignacia—es un excelente sujeto; pero, la verdad, se me figura que no anda muy firme de la rueda catalina.

SEÑORA IGNACIA

¡Espantárame yo! No, si aquí, es particular; hace ya muchos años que no asoma bicho viviente en su sano juicio. Todos están chifletas.

DON VIRGILIO

Muchas gracias.

SEÑORA IGNACIA

Usted es de lo más sentadito que viene... y habla usted solo más que con las personas...

DON VIRGILIO

A pesar de ello, me parece que soy de fiar.

SEÑORA IGNACIA

Y otra cosa le digo. Si alguno acierta á llegar cuerdo, aquí se deja el seso que traiga. Es probado.

DON VIRGILIO

¿Hay en el agua de la Fuente algún maleficio?

SEÑORA IGNACIA

Lo que hay es una de patrañas, y de cuentos, y de leyendas en boca de viejas y pastores, que mal fin tengan todos por el daño que hacen.

DON VIRGILIO

¿Usted no cree en leyendas, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA

No me busque la lengua, señor don Virgilio, que ya le conozco.

DON VIRGILIO

Pues usted dispense, señora mía; pero de todo se puede dudar menos de las brujas que hay en el Castillo de Trasmonte.

SEÑORA IGNACIA

¡Las brujas de Trasmonte! ¡Alabado sea Dios! Así son todas las fantasías. Mire, señor: el sacristán de Trasmonte, que no es ningún duende, que se llama José Padilla, vino aquí á ver si conseguía de mí que lo dejara verse

en estas soledades con el ama del cura, que tampoco es ningún espíritu; que se llama Dominica Sánchez. Bueno: pues yo mandé al sacristán... adonde tenía que mandarlo, naturalmente, con licencia de usted... y á los tres días de no dejarlo venir aquí... ¡brujas en el castillo de Trasmonte! Al buen entendedor... Crea usted, señor don Virgilio, que esas son invenciones de los poetas, que todo lo arreglan á su gusto.

DON VIRGILIO

Ahora me explico la mala voluntad que le tiene usted á la Ensoñadora.

SEÑORA IGNACIA

¡Oh! ¡La Ensoñadora! ¡Condenación de rapazuela! ¡Esa sí que es loca! ¡Esa sí que no tiene atadero!

DON VIRGILIO

Señora Ignacia, si es un encanto de chiquilla. Yo me embeleso oyéndola.

SEÑORA IGNACIA

Pues yo no la he despedido ya de aquí, porque no tiene en el mundo más que el día y la noche y la caridad que acá le prestamos, que si no... ¡Más harta estoy de sus embelecos!... Viendo llegar á Telmo, de repente. Pero ¿qué es eso? ¿Qué le pasa á Telmo? ¿Qué traerá?

DON VIRGILIO

¿Pues?

Aparece TELMO precipitadamente, jadeante y sofocado.

SEÑORA IGNACIA

Telmo, ¿qué sucede?

DON VIRGILIO

¿Qué es ello, Telmo?

SEÑORA IGNACIA

¿Alguna desgracia?

TELMO

No...

SEÑORA IGNACIA

¡Sí!

TELMO

¡No!...

SEÑORA IGNACIA

¿Se ha despeñado el señorito?

TELMO

¡No, señora!...

SEÑORA IGNACIA

¿Te ha reventado la caballería?

TELMO

¡No, señora!... Usted sabe que el puentecillo de allá abajo estaba para un susto...

SEÑORA IGNACIA

¡Virgen del Valle! ¡Al agua han ido caballo y caballero!

TELMO

¡No, señora!... No es nada malo, no. Al revés. Ustedes verán. El cochecillo de las monjas Damianas venía con gente del convento; y al entrar en el puentecillo, empezaron á crujir las maderas en tal forma, que los pasajeros se alarmaron y el mayoral también. Volvió el hombre grupas con gran prudencia, y con tanta suerte, que apenas desanduvo lo que había andado, dos ó tres tablones del puentecillo cayeron al río.

SEÑORA IGNACIA

¡Jesús!

TELMO

¡El agua saltó hasta las nubes! Yo lo vi. Milagro de la Virgen ha sido que no haya habido un mal suceso.

DON VIRGILIO

¿Y quiénes iban en el coche?

TELMO

Tres personas. Una educanda, un viejecito y una se-

ñora á quien yo conozco. Haciendo memoria. ¿Dónde he visto yo á esa mujer? ¡Vaya si la conozco! ¡Y me da una rabia no acordarme!...

SEÑORA IGNACIA

Ya te acordarás. Sigue, sigue contándonos.

TELMO

Bueno, pues... pasado que fué el susto, se pusieron á pensar lo que hacían. El tren que iban á tomar en el apeadero de Majuela, por perdido: andando no llegarían á tiempo. Era fuerza pasar la noche en la posada de Trasmonte, que para señores no tiene conveniencias, ó volver al convento otra vez, ó venir á pasarla aquí, que es lo que yo propuse. Y aquí se encaminan. Porque la educanda dijo que lo que es al convento ella no volvía aunque se hundieran todos los puentes de la tierra; al viejecito se le ponían los pelos de punta de oirme á mí hablar de las pulgas de la posada de Trasmonte; y por lo que hace á la otra señora... Pero, hombre, ¿dónde la he visto yo? ¡Le digo á usted!... No es figuración, no... ¡Para mí es conocida aquella cara!

SEÑORA IGNACIA

Luego te acordarás, majadero. Acaba de referirnos el lance.

Principian á oirse los cascabeles del coche, que se acerca aprisa al Monasterio.

TELMO

¿Eh? ¡Ya está ahí el coche!

SEÑORA IGNACIA

¿El coche ya? Pero ¿por dónde has venido tú?

TELMO

¡Andá! ¡Por el atajo, más ligero que el aire!

DON VIRGILIO

Pues yo voy á dejar quitasol y libro, y bajaré á saludar á los nuevos huéspedes, y á enterarme de si son cuerdos ó locos, señora Ignacia; que cuerdos han de ser cuando no llegan aquí espontáneamente, sino por un azar desgraciado. Hasta ahora. Vase al interior.

Desde que empieza á sentirse el coche, Telmo y su abuela están más atentos á verlo llegar que á las palabras de don Virgilio. Al cabo llega y se detiene del lado del campo.

SEÑORA IGNACIA

Corre á ayudarles á bajar.

TELMO

¿Ve usted? Esa señora guapa es la que yo digo que conozco. ¡Y la conozco! ¡Toma, si la conozco!

SEÑORA IGNACIA

Corre á ayudarles á bajar, novelero.

TELMO

¡Así tuviera yo tan segura la gloria! Vase á escape.

SEÑORA IGNACIA

Observando á los recién llegados, mientras bajan del coche. ¡Mira qué bonita es la educanda! Como una azucena. No le va en zaga la acompañante. El viejo es el que no tiene traza de durar mucho. Peor está que el puentecillo, á lo que parece.

Pausa. Salen ROSAURA y ANA MARÍA, á corroborar con su presencia el buen juicio que de ellas se acaba de hacer. Ana María, de viaje; Rosaura, aún con el vestido de educanda de las Damianas.

ROSAURA

Agradablemente sorprendida. ¡Ay! ¡pues si esto es un castillo feudal! Buenas tardes.

SEÑORA IGNACIA

Buenas tardes.

ANA MARÍA

¿Cómo está usted, señora?

SEÑORA IGNACIA

Bien; para servirlas.

ANA MARÍA

¿Es cierto que podrá usted hospedarnos aquí esta noche?

SEÑORA IGNACIA

Es cierto, señora. Siempre tengo dos celdas dispuestas para cualquier caso. Ya he sabido el susto de ustedes...

ANA MARÍA

Aún no nos ha salido del cuerpo.

Vuelve TELMO con un par de sacos de viaje. Mira insistentemente á Ana María.

ROSAURA

Por poquito dormimos en el agua todos, como las ondinas.

ANA MARÍA

No lo quiero pensar. Milagro ha sido de la Virgen del Valle. Yo soy muy devota de ella.

TELMO

¿Por qué?

SEÑORA IGNACIA

Milagro sería también que tú no preguntaras alguna cosa. Vamos adentro, cuando gusten. Vengan por aquí.

ANA MARÍA

Vamos donde usted diga.

SEÑORA IGNACIA

Telmo, ven tú también con esos maletines. Pasaré yo delante.

ROSAURA

Vamos. Se detiene un momento á la puerta.

TELMO

¿Le da á usted miedo, señorita?

ROSAURA

¿Miedo á mí? Entrase en el Monasterio resueltamente.

TELMO

Siguiéndola y mirando siempre á la otra. ¡Vaya si la conozco!

ANA MARÍA

Pero ¿y don Juanín? Se llega al fondo y le da un par de voces. ¡Don Juanín! ¡Don Juanín! ¡Deje usted eso ahora! ¡Ya le pagaremos mañana! Contemplando con embeleso el lugar. Como entonces... todo igual que entonces... Con los ojos cerrados iría yo á la celda número 13.

Va á marcharse á tiempo que vuelve DON VIRGILIO, quien la saluda al cruzarse con ella.

DON VIRGILIO

Señora...

ANA MARÍA

Señor... *Entrase.*

DON VIRGILIO

Con melancolía. Por el claustro del solitario Monasterio he oído la voz y la risa de una muchacha. ¡Ay!... A mí ya todo me ha de hablar de lo mismo.

El coche se aleja. A poco sale DON JUANÍN, *de viaje también. Es un viejecillo enteramente inútil, que se cree imprescindible.*

DON JUANÍN

Felices días.

DON VIRGILIO

Buenas tardes.

DON JUANÍN

Usted perdone, señor mío.

DON VIRGILIO

Usted dirá.

DON JUANÍN

¿Es usted el administrador?

DON VIRGILIO

¿Cómo?

DON JUANÍN

¿O es usted el médico?

DON VIRGILIO

¿Qué médico?

DON JUANÍN

El del balneario. ¿No es esto un balneario?

DON VIRGILIO

No, señor. Este es el Monasterio del Valle.

DON JUANÍN

¿Qué?

DON VIRGILIO

El Monasterio y Santuario del Valle.

DON JUANÍN

¡Ah, caramba! Pues ¿cómo se me había metido á mí en la cabeza?... ¿Y hay monjas?

DON VIRGILIO

No, señor.

DON JUANÍN

¿Y monjes?

DON VIRGILIO

Los hubo. El último murió hace dos siglos.

DON JUANÍN

¡Qué contrariedad! ¿Entonces no vamos á poder hospedarnos?

DON VIRGILIO

Sí, señor. No hay monjes, pero hay hospedería.

DON JUANÍN

Ya. ¿Y es usted por dicha el encargado?

DON VIRGILIO

No, señor. Yo no soy más que un huésped; un visitante del Monasterio, curioso de sus tradiciones y recuerdos y ansioso de su soledad. Pero ya las señoras que venían con usted se están acomodando.

DON JUANÍN

¿Ah, sí? Lo celebro, hombre. Figúrese usted que á mitad de camino...

DON VIRGILIO

Conozco, conozco el percance...

DON JUANÍN

Ah, ¿lo conoce? Pues hágase usted cargo, si les llega á coger á ellas solas... ¡qué tribulación! ¡Tan asustadiza

como es mi sobrina! Y que para dos mujeres solas todo es un conflicto. Fortuna que yo me brindé á acompañarlas. Y diga usted: ¿aquí hay seguridad personal, ó tendremos que dormir con la caja de pistolas á la cabecera de la cama?

DON VIRGILIO

Pierda usted cuidado. Los campesinos de estos contornos son gente muy noble y muy leal. Puede usted dejar las pistolas en la maleta.

Sale TELMO

TELMO

¿Y don Juanín?

DON JUANÍN

Aquí está don Juanín. ¿Qué hay?

TELMO

Las señoras que por qué no sube.

DON JUANÍN

¿Eh, qué tal? No se hallan un minuto solas. Voy corriendo. A ver qué se resuelve...

TELMO

Ya está todo resuelto y á punto. Usted verá qué celda más maja la suya. ¡Con unas vistas... y una arboleda por delante!... No le dejarán dormir los ruiseñores, no.

DON JUANÍN

¡Los ruiseñores! Aunque no piara uno, sería igual para mí. Es fatalidad; pero no siendo en mi propia cama, no consigo pegar un ojo.

TELMO

¿Por qué?

DON JUANÍN

¡Porque no lo consigo! ¿Quién me guía?

TELMO

Yo mismo. Entre por esa puerta.

DON JUANÍN

Vamos, vamos. Beso á usted la mano, señor.

DON VIRGILIO

Adiós, caballero.

TELMO

Deteniéndose un punto antes de seguir á don Juanín, y entrándose luego tras él. ¡Una maleta más que han traído!

DON VIRGILIO

Calla y vé con él. ¡Sí que es un gran acompañante el don Juanín! Y por Dios que nunca vi día más accidentado en el tranquilo Monasterio. Se asoma al campo. ¿Y el

huésped de ayer; el hijo de mi amigo? ¿Dónde andará? Malaventura sería que se hubiese extraviado lejos del Valle. *Pausa.* Ya brilla en el cielo la primera estrella de la noche. ¡Cuántas almas la esperarán acariciando en ella un ensueño vago é indefinible! En el Monasterio del Valle ha salido sólo para mí.

Salen ROSAURA y ANA MARÍA.

ANA MARÍA

Esto es hermoso: ya lo verás mañana cuando amanezca.

ROSAURA

¿Cuándo amanezca? Siempre será algunas horas después. Porque presumir que yo he de levantarme mañana con el sol, como en el convento, es desconocer la realidad de la vida.

ANA MARÍA

Sí, pero... ¿No hemos de seguir el viaje? ¿Y tu madre, Rosaura? ¿No piensas en ella?

ROSAURA

Porque pienso en ella quiero dormir también. Mamá esta noche tendrá noticia de que nos detenemos aquí; y mamá sabe que el primer sueño que hago yo el día que salgo del convento es de catorce á quince horas. Así es que todo le pasará por la imaginación menos que yo madrugue mañana. Aquel caballero se sonríe.

DON VIRGILIO

¿Quién, yo? Escucho complacido el coloquio de ustedes. ¿Son ustedes hermanas, y perdonen la libertad?

ANA MARÍA

No, señor: no somos más que amigas. La mamá de Rosaura está delicada de salud; no puede exponerse á las molestias de un viaje como este, y me suplicó á mí que fuera por su hija al convento de las Damianas, donde se educa.

DON VIRGILIO

¿Se educa usted en el convento de las Damianas?

ROSAURA

Ya oye usted que sí.

DON VIRGILIO

¿Y sale usted de él con mucha pena, señorita?

ROSAURA

No, señor: al contrario. Salgo con alegría: como un pájaro á quien le abren la jaula. Y cuidado que las madres son unas benditas, y que el convento es un paraíso, y que el espiritu en él se recoge, y que una se hace una santa y habla con Dios... Pero allí falta algo.

ANA MARÍA

Rosaura...

ROSAURA

A lo menos á mí.

ANA MARÍA

Rosaurita...

DON VIRGILIO

¡Ja, ja, ja!

ROSAURA

Y luego, señor, que, con permiso de mamá... y de Ana María, yo no he de ser monja—eso, ni pensarlo;—tengo dieciocho años cumplidos; voy al convento sólo para que las madres me eduquen... ¿No cree usted que ya estoy bastante bien educada?

DON VIRGILIO

Indudablemente.

ANA MARÍA

Aún le faltan algunos perfilillos...

ROSAURA

Acaso. Pero yo te aseguro que á querer más lo que allí no tengo, no me van á enseñar las monjas. Todo lo que allí me hablan de la vida, lo oigo y lo entiendo, pero nunca he llegado á sentirlo. Le decía yo á una muchacha, educanda también, á quien encerraron tres días en un calabozo porque le descubrieron una carta de amores, que las monjas no tienen más que alma, y

nosotras... ella y yo, tenemos alma... y corazón. ¿Verdad?

ANA MARÍA

No sé.

ROSAURA

¿Verdad, señor?

DON VIRGILIO

No sé tampoco. De ese particular sabe usted más que su amiga y que yo juntos.

ROSAURA

Pues la hospedera nos ha dicho que es usted catedrático.

DON VIRGILIO

Sí; pero no de psicología. Y aun ya no lo soy. Ya no ejerzo. Lo fuí, en una provincia de cuyo nombre no quiero acordarme, de Geografía, primero, y de Historia de España, después. Les he enseñado á unas cuantas generaciones de chiquillos que la tierra se mueve... y qué clase de gentes han poblado un trozo de la tierra. Bien poca cosa.

ANA MARÍA

¿Y viene usted aquí á hacer estudios?

DON VIRGILIO

No, señora. Vengo buscando soledad y descanso. Sa-

lud para mi quebrantado cuerpo. Usted, por algo que he oído, parece conocer el Valle.

ANA MARÍA

Sí, señor. Estuve con mi marido hace algunos años. Tienen estos muros sombríos y estos campos alegres muchos recuerdos para mí. Entonces era yo más dichosa. Sin que esto sea quejarme de mi vida presente. Pero he entrado en el templo á pedirle á la Virgen que vuelvan para mí horas como aquellas. Y las espero. Y vendrán.

DON VIRGILIO

Pues ya verá usted, señora, si no lo ha visto aún, que el Monasterio no es lo que era; y muy pronto, como siga tan abandonado, no será siquiera lo que hoy es: será un poético montón de piedras.

ANA MARÍA

¿Y por qué es esto? ¡Qué dolor! ¿No hay quien vele por estas reliquias?

DON VIRGILIO

Cosas de los tiempos. De los pasados siglos, cada uno dejó su huella de arte, y de fe, y de vida, en el templo, en el claustro, en la torre del homenaje, en las murallas que circundan el Monasterio todo como una fortaleza. Los siglos modernos, no parece sino que no son tales hijos de aquellos otros, cuando con esta impasibilidad, que á los viejos nos da miedo y frío, los ven borrarse y desaparecer.

ANA MARÍA

Es verdad; es así.

DON VIRGILIO

Yo creo que el progreso de la humanidad será siempre incompleto, mientras los hombres, á medida que sondando en la obra de Dios descubren y crean nuevos prodigios, no tengan una mirada de veneración y de amor para los que fueron antes que ellos; para los que les señalaron el camino con rastro de lágrimas y de sangre. Pero los hombres son muy vanos. Y los hombres de nuestro siglo los más vanos de todos. Les oirán ustedes decir con petulancia: «¡Oh! ¡Si nuestros abuelos levantaran la cabeza!...» Y yo pienso: bien están en la región eterna donde se hallan. Porque si los artistas poderosos que crearon estas gigantes maravillas que embellecen á España, presenciaran la bárbara indiferencia con que las vemos desplomarse, es muy posible que nos despreciaran.

ROSAURA

Usted no será ya catedrático, pero acaba de darnos una lección.

DON VIRGILIO

No lo he pretendido. Dispénsenme ustedes. Es tema que me lleva á hablar más de la cuenta siempre que lo toco.

ANA MARÍA

Convendrá usted conmigo, señor, en que todavía le faltan á esta muñeca algunos perfiles.

DON VIRGILIO

¡No!

ANA MARÍA

¿No? Es usted muy amable. Yo, en cambio, convengo con usted en todo lo que ha dicho.

DON VIRGILIO

Muchas gracias.

ANA MARÍA

Y qué, Rosaura: ¿nos llegamos á la Cruz, como querías?

ROSAURA

Bueno; sí. Nos llegaremos á la Cruz.

ANA MARÍA

Hasta luego, señor.

DON VIRGILIO

Hasta luego.

Cuando van á marcharse llega la ENSOÑADORA del campo y se cruza con ellas. Unas y otra se detienen mirándose con curiosidad. La Ensoñadora es una mozuela interesante, de extraño y sugestivo aspecto. No se la puede ver sin preguntar quién sea. Viste una ropilla original, hecha en parte con restos del hatillo de unos saltimbanquis: falda corta de colori-

nes, camisilla blanca, jubón de terciopelo deslucido y roto y abarcas deshechas del constante andar por los campos. Lleva siempre los cabellos adornados con flores silvestres. Es linda, delicada, de expresión ingenua. En sus ojos hay luz, misterio, amor. Tal vez pasa por ellos una ráfaga que acaso parece de locura; pero no es locura: es ensueño.

ANA MARÍA

Sorprendida al verla venir. ¿Quién es esta muchacha?

ROSAURA

Qué extraña parece.

DON VIRGILIO

Será la Ensoñadora. Justo; ella es. Ensoñadora, Dios te guarde.

ENSOÑADORA

Y á todos.

DON VIRGILIO

¿De dónde vienes?

ENSOÑADORA

De la Fuente.

DON VIRGILIO

¿A qué fuiste?

ENSOÑADORA

Por agua de beber. Pero me olvidé el cantarillo.

DON VIRGILIO

Pues ¿qué te has hecho allí hasta ahora?

ENSOÑADORA

Ensoñar... escuchando el ruido de las aguas.

DON VIRGILIO

¿No salió el gnomo?

ENSOÑADORA

No, señor, no salió. No se burle.

DON VIRGILIO

Sabes que no es burla. Y ya ves que han venido viajeros. Habrás caído en falta.

ENSOÑADORA

¿Me reñirá la abuela?

DON VIRGILIO

Seguramente.

ENSOÑADORA

Será que lo merezco. Entrase.

ANA MARÍA

Es original la chiquilla.

ROSAURA

¿Quién es?

ANA MARÍA

¿Quién es?

DON VIRGILIO

La Ensoñadora la llaman aquí. La desesperación de la señora Ignacia y mi encanto. Pudiéramos decir que es la musa de este paraje. Vayan, vayan á su paseo antes que sea de noche, que luego tendremos aquí un rato de tertulia, según costumbre, y conocerán ustedes bien á la Ensoñadora, y la oirán hablar, que es un gusto oirla. Vayan, vayan á su paseo.

ROSAURA

Pues anda, Ana María. Cuéntame de camino la leyenda que sabes de esa Cruz que vamos á ver.

ANA MARÍA

Ah, sí. Es muy bonita. Verás. Perseguían á una mora enamorada de un cristiano los más fieles vasallos de su padre, y al llegar la mora á la Cruz, rendida y sin alientos ya...

Desaparece por el campo con Rosaura.

Vuelve á salir TELMO.

TELMO

¿Qué es eso? ¿Se van las señoras?

DON VIRGILIO

Sí.

TELMO

¿Por qué?

DON VIRGILIO

Pregúntaselo á ellas.

TELMO

¿Y adónde se van? ¿Adónde se van?

DON VIRGILIO

¿A ti qué te importa, curioso?

TELMO

¡Como si yo no fuera á enterarme! Mire usted, don Virgilio: ya sé quién son las dos, cómo se llaman, de dónde vienen, adónde se dirigen, la vida que llevan... El vejete se sale como agua en cesto. La más joven es de Guadalema: se llama Rosaura, y es de familia muy principal. La educan en el convento de las Damianas, porque parece ser que es muy dada al amor: no puede tener ni el corazón tranquilo ni los ojos quietos. La otra también es de familia hidalga. Está casada, pero su marido ha ido en busca de plata á las Américas. Tenían dineros, sino que un mal golpe de la fortuna los dejó á

buenas noches. No sé si tienen tres hijos ó tienen cuatro. Yo no lo sé porque el viejo no lo sabe tampoco. Ella acompaña á la señorita porque la mamá padece reuma. El padre murió del corazón. Una mañana ¡ah! se les quedó como un pajarito. El vejete es hermano de él. Va para los ochenta. Sacando las babuchas de la maleta lo he dejado. Oiga usted: se pone todos los días las botas cambiadas para no torcer los tacones. Está chocho ya. Ha sido médico y le da por las antigüedades. Además—y esto sí que es chusco—tiene ya escrita de su puño y letra la papeleta de su defunción, para cuando cierre el ojo no dar que hacer á nadie. ¿Qué me dice usted?

DON VIRGILIO

Nada, porque tú te lo dices todo, galopín. Pero, con averiguar tanto y tan bueno, no sabes todavía una cosa importante.

TELMO

¿Qué cosa?

DON VIRGILIO

En dónde has visto alguna vez á la señora guapa que acompaña á la colegiala.

TELMO

¡Y tiene usted razón! ¡Y no lo sé! ¡Y yo la conozco! ¿No he de conocerla? Pero anda que... ¡Bonito soy yo para estas dudas! Le digo á usted que... *A LEONCIO, que asoma taciturno en la puerta del Monasterio.* ¡Hola! ¡Qué sorpre-

sa! ¿Parecimos ya? ¿De dónde se viene? ¿Y el caballo? ¿Cómo tan tarde? ¿Se ha perdido usted por los atajos, verdad? ¿Y el caballo? Pero ¿qué le ocurre? ¿Y el caballo?

LEONCIO

De mal temple. ¿Nada más tienes que preguntarme?— Salud, don Virgilio.

DON VIRGILIO

Venga usted con bien, amigo mío.

Leoncio, muchacho exaltado y ardiente, trae consigo, sobre el cansancio y la fatiga de una larga é infructuosa jornada á caballo, un humor negro que no quiere disimular. Se sienta apenas llega. Las impertinencias de Telmo lo irritan.

TELMO

¿Y el caballo?

LEONCIO

Allá en el patio adonde quiso llevarme lo solté. ¡El diablo que cargue con él y contigo!

TELMO

¡Sí que es una respuesta!

LEONCIO

¡Animal más resabiado y más inútil!...

TELMO

¡Oiga!

DON VIRGILIO

Deja á don Leoncio, que ya se advierte que no trae ganas de palique.

TELMO

¿A que me lo ha deslomado usted por esos vericuetos?

LEONCIO

No todo lo que hubiera querido yo.

TELMO

¡Mire usted qué gracia! Entrase en el Monasterio un tanto mohino.

Pausa.

LEONCIO

Ensimismado ¡Qué desesperación! ¡Qué rabia! ¡Haberla visto una vez más... y lo mismo que siempre!...

DON VIRGILIO

Dirigiéndose á él. Joven: Leoncio amigo: si mis años y mi buena amistad con su padre me autorizan á hablarle así, yo le aconsejo que no se desespere por azaroso y duro que sea el trance en que se halle.

LEONCIO

Gracias de corazón, señor don Virgilio. Ya la tempes-

tad va pasada; pero le aseguro que me ha faltado poco para despeñarme desde lo alto de uno de esos montes bravíos, y acabar de una vez.

DON VIRGILIO

¿Habla usted de que la tempestad va pasada, y aun se expresa en ese lenguaje? Es usted de una vehemencia muy peligrosa. Razón tiene la vieja.

LEONCIO

¿Qué dice la vieja?

DON VIRGILIO

Que no llega á este sosegado lugar persona que esté en sus cabales.

LEONCIO

¿Ah, sí? Pues yo le digo á usted y á la vieja que lo que me sucede á mí le quita el seso al hombre más frío.

DON VIRGILIO

¿Tan grave es?

LEONCIO

Va usted á oirlo, y juzgará.

DON VIRGILIO

En buen hora.

LEONCIO

¿Recuerda usted aquella leyenda becqueriana que anoche evocábamos aquí en nuestra charla con la Ensoñadora?

DON VIRGILIO

¿Cuál?

LEONCIO

El rayo de luna. La historia romántica de aquel noble caballero de Soria, de aquel Manrique apasionado y soñador, que empieza cuerdo y acaba loco, creyendo seguir á una mujer ideal, y la mujer no es más que un rayo de luna, que ya juega entre los árboles á merced del viento que mueve sus hojas, ya tiembla en las tranquilas aguas del Duero.

DON VIRGILIO

Sí la recuerdo, sí. ¿Y es usted Manrique, por ventura?

LEONCIO

No, sino por desdicha. Hace más de un año que lo soy.

DON VIRGILIO

¡Cáspita!

LEONCIO

En serio. Me confío á usted porque sé que no ha de reirse de mí. Usted es persona de sensibilidad; usted

también ha tenido mis años, y sabe que cuando esta fiebre ardorosa del amor se apodera de la sangre y del alma, el mundo entero está en los ojos de una mujer. ¿Es así?

DON VIRGILIO

Así es.

LEONCIO

A mí no me importa hoy que se apague por siempre la luz del sol, si en las tinieblas que rodeen luego eternamente al mundo he de ver brillar los ojos que yo quiero.

DON VIRGILIO

Vaya, que si no es usted el propio Manrique en persona, es usted el diablo en su figura. Siga con su leyenda.

LEONCIO

No es leyenda, que es realidad.

DON VIRGILIO

Pues siga con su realidad.

LEONCIO

Don Virgilio, yo estoy enamorado como un loco de una mujer bellísima, que pasa siempre ante mi vista como una ráfaga, como una visión, como un fuego fatuo de la noche... como un rayo de luna. No quiero fatigarlo á usted contándole cuántas veces la he visto surgir

ante mis ojos y desvanecerse y desaparecer. Yo mismo dudo ya que siempre se me haya aparecido realmente y no en mi ilusión.

DON VIRGILIO

¿Y esa mujer, quién es? ¿Usted lo sabe? ¿Tiene alguna relación con ella su visita de usted á este sitio, y sobre todo su vuelta de esta tarde desesperado y triste?

LEONCIO

¿No ha de tenerla, don Virgilio? ¿Usted cree que yo doy ahora un solo paso que no lo inspire el deseo de verla?

DON VIRGILIO

¿Y la ha visto usted?

LEONCIO

¡La he visto como siempre: pasar! ¡Pero la he visto!

DON VIRGILIO

¿Dónde?

LEONCIO

¡En el coche de las monjas Damianas!

DON VIRGILIO

¿En el coche de...? ¿Qué me cuenta?

LEONCIO

Sí, señor. ¿Por qué le maravilla?

DON VIRGILIO

Un poco de calma. ¿Según eso, ese rayo de luna que así le tortura á usted el corazón brilla en el convento?

LEONCIO

Justo. La madre, guardadora de su belleza, celosa de todos los hombres, la encierra donde sólo puede verla Dios.

DON VIRGILIO

¡Oh, amigo mío! ¡Gran misterio el que enlaza todas las cosas en la vida!... ¿Qué más? ¿Qué más?

LEONCIO

Me inquieta el tono que empieza usted á darles á sus palabras.

DON VIRGILIO

Siga usted con la realidad de su leyenda.

LEONCIO

Ayer á mediodía llegué al Valle, como usted vió. Solté mis bártulos en una celda, y á buen andar, preguntando á pastores y caminantes, emprendí la marcha hacia el convento, y di con él cuando ya el sol trasponía las montañas. Por las tapias del jardín salían al aire voces de muchachas, que sonaban como piar de pájaros en el silencio de la tarde.

DON VIRGILIO

¿Y oyó usted la voz de ella?

LEONCIO

Clara y distinta; sí, señor. Y nunca la he oído. Pero aquella voz era la suya. Escalé destrozándome las manos y las ropas los negros muros de su cárcel, y me asomé al jardín por cima de la tapia.

DON VIRGILIO

¿Y estaba allí, en efecto?

LEONCIO

Allí estaba. Pero como si la mirada mía fuese el impulso misterioso que la aleja de mí, echó á correr de pronto por entre unos árboles corpulentos, y desapareció como si volara tras unas madreselvas. No la volví á ver.

DON VIRGILIO

Es particular la aventura.

LEONCIO

Quedé abatido y sin consuelo; pero al menos adquirí la certeza de que allí estaba. Llegó la noche, y volví al Monasterio con unos trajinantes que acá me guiaron. Comí apenas, charlé con usted y con la Ensoñadora por distraerme, dormí poco, soñé mucho, y al amanecer me despertaron los pájaros. Entre sueños pensé yo

que eran las voces de las muchachas en el convento. Le pedí á Telmo en hora mala su caballo, y de nuevo eché á andar hacia allá. No había manera de llevarlo por donde yo quería. Almorcé en un ventorro del camino, y cuando me disponía á seguir la marcha, por la carretera real pasó ligero, y oculto casi entre el polvo que levantaba, un cochecillo. Era el de las monjas, y allí iba.

DON VIRGILIO

¿Iba allí?

LEONCIO

Allí iba. Asomó su cara de rosa un momento para curiosear al jinete detenido, y la vi. Monté de un salto en el caballo dispuesto á seguirla, lo espoleé con furia hasta destrozarle los ijares, y el pobre animal corrió tras el coche cuanto le permitieron sus escasos bríos, que fué bien poco por mi mala suerte. A mis ojos aparecía y desaparecía el coche entre los accidentes y revueltas del camino. Por una de sus ventanillas flotaba al aire un girón de velo ó de chal, que á mí me parecía una mano que me llamaba. De repente el caballo de Telmo se detuvo rendido, sudoroso, muerto de fatiga. Lo castigué: inútil. Lo acaricié: inútil. Parecía de piedra. En aquel instante adquirí el convencimiento de que mi desventura era ya inevitable y cierta. Y bebí mis lágrimas... cuando al trasponer una colina, vi por última vez la mano ideal que desde el coche me llamaba. Por encima de mi cabeza pasaron entonces unos gavilanes, que burlándose de la impotencia en que me veían, y señores del aire y del cielo, volaban á alcanzar

el coche desaparecido, sin duda porque dentro de él habían divisado una paloma. Ahora llámeme usted Manrique ó Leoncio, y créame cuerdo ó visionario.

DON VIRGILIO

Pues... la verdad, prefiero llamarle á usted Leoncio, porque ese es su nombre de pila, en primer lugar, y en segundo, porque la historia de usted y la de Manrique son distintas.

LEONCIO

¿Y en qué consiste la diferencia, don Virgilio, si yo al postre he de concluir como Manrique?

DON VIRGILIO

En que Manrique seguía á un rayo de luna, sutil é impalpable, creyendo que era una mujer, y usted sigue á una mocita de carne y hueso, con dos ojos como dos estrellas. ¡Ahí es nada la diferencia, mi amigo!

LEONCIO

¡Oh! ¡sus ojos! ¡Si yo pudiera pintarle á usted sus ojos!

DON VIRGILIO

Perdería usted el tiempo lastimosamente.

LEONCIO

¿Por qué, señor?

DON VIRGILIO

Porque los he visto. Yo conozco á su rayo de luna.

LEONCIO

¿Que usted la conoce?

DON VIRGILIO

Y además he logrado lo que usted no ha logrado aún.

LEONCIO

¿Qué?

DON VIRGILIO

Hablar con ella y que me escuche.

LEONCIO

¿Dónde?

DON VIRGILIO

Aquí.

LEONCIO

¿Cómo aqui?

DON VIRGILIO

En el Valle.

LEONCIO

¿Pero ha estado en el Valle?

DON VIRGILIO

Sí, señor; y está.

LEONCIO

¿Que está en el Valle dice usted?

DON VIRGILIO

Y no muy lejos. Se lo he descubierto á usted poco á poco para que no enloquezca de veras y haya que sentir.

LEONCIO

Don Virgilio, para burla es cruel. Usted me engaña.

DON VIRGILIO

Sería imperdonable. Un contratiempo del camino ha obligado á los viajeros del coche de las monjas á hacer noche aquí.

LEONCIO

Pero ¿es posible eso?

ROSAURA

Dentro, llamando. ¡Ana María!

DON VIRGILIO

Oiga usted si es posible.

ROSAURA

¡Ana María! ¿Tú también te has vuelto ensoñadora?

LEONCIO

Atónito, confuso, á la vez desconcertado por la sorpresa y la alegría. ¡Su voz! ¡Es su voz! Se asoma á verla, no dándole entero crédito á sus oídos. ¡Y es ella! ¡ella misma! ¡Es ella, don Virgilio, es ella!

DON VIRGILIO

Pero ¿no se lo estoy yo diciendo á usted?

LEONCIO

Hacia mí viene. Rayo de luna ó rayo de sol, yo no quiero más luz para mis ojos.

Sale ROSAURA en dirección á la puerta del Monasterio. Al pasar saluda á Leoncio con una leve inclinación de la linda cabeza. Leoncio corresponde á ella fascinado,

DON VIRGILIO

¿Vuelve usted sola?

ROSAURA

Mi amiga se ha quedado un poco atrás. Yo he vuelto aprisa por ver lo que ha sido del tío Juanín.

DON VIRGILIO

¿Llegaron ustedes hasta la Cruz?

ROSAURA

Sí, señor. ¡Y qué preciosa es la leyenda!

DON VIRGILIO

Tiene ese encanto de lo que si no ha sido, debiera haber sido, ¿verdad? Escuchada aquí, dudamos de ella y sonreímos acaso; oída junto á la Cruz nos estremece y la creemos. ¡Misterioso poder de la poesía de aquel lugar y de tantos!...

ROSAURA

Yo la he creído á pies juntillas. ¡La mora que se abraza á la Cruz, y abrazada á ella jura hacerse cristiana, y pasan sus perseguidores y no la ven porque la Virgen del Valle los deslumbra y los ciega! ¡Mire usted que es bonito! Ahora vengo, señor, á que hablemos mucho de todas estas cosas. Entra en el Monasterio.

Leoncio sugestionado por ella va á seguirla.

DON VIRGILIO

¿Adónde va usted, loco de atar?

LEONCIO

¡Qué sé yo! ¡Tras ella!

DON VIRGILIO

No haga usted tonterías tan pronto, criatura. Es indudable que está usted muy enamorado.

LEONCIO

Mucho. Y ahora más todavía. ¿Oyó usted nunca voz más suave, palabras más tiernas? ¿Por qué me ha dicho usted que no haga tonterías?

DON VIRGILIO

Porque usted no puede seguirla adonde va ella, y ella en cambio va á volver al instante donde usted está. ¿No se ha enterado?

LEONCIO

Es cierto. Tendré calma.

Sale TELMO y se encara con él.

TELMO

¡Señor mío, por lo visto se figuró usted que mi caballo era de palo! ¡Espolazos trae hasta en las orejas el pobre animal! ¡Sí que se puede uno fiar de la gente fina! ¡No me sucederá otra, no! ¡Ni al rey que me lo pida se lo alquilo!

LEONCIO

¡No te apures, Telmo! ¡Razón te sobra en lo que dices! ¡Yo te pagaré cuanto quieras! ¡Más aún: yo te compraré en la feria de Trasmonte un caballo que vuele como los huracanes!

TELMO

Mirándolo recelosamente; como quien no da un cuarto de cominos por su juicio. ¡Oooooh!

Sale también la SEÑORA IGNACIA y también se encara con él.

SEÑORA IGNACIA

¿Pero usted, señor caballero, ni almuerza ni come? ¿Se alimenta del aire, quizás?

LEONCIO

¡Del aire! ¡Y me sobra para vivir! Impaciente, llégase á la puerta del Monasterio y mira ansioso al interior.

TELMO

¡Oooooh!

La señora Ignacia va á hablar aparte con don Virgilio. Telmo, naturalmente, se acerca al sabroso olor de lo que hablan.

SEÑORA IGNACIA

Diga usted: ¿es loco?

DON VIRGILIO

No, señora: peor.

SEÑORA IGNACIA

¿Tonto?

DON VIRGILIO

Las dos cosas juntas: está enamorado.

SEÑORA IGNACIA

¿Que está enamorado? ¿De quién?

DON VIRGILIO

De un rayo de luna.

SEÑORA IGNACIA

¡Ave María Purísima!

TELMO

¡Oooooh!

SEÑORA IGNACIA

¡No; si este Monasterio acabará en casa de orates! ¡Si lo tengo pronosticado!

A la vez que ROSAURA sale del Monasterio, llega del campo ANA MARÍA. Leoncio y ella se saludan cortésmente. Telmo la observa con tenacidad. Con Rosaura sale DON JUANÍN. Unos y otros se van sentando donde quieren ó pueden, dispuestos todos á conversar un rato en amor y compaña.

ROSAURA

¿Sabes, Ana María?

ANA MARIA

¿Qué?

ROSAURA

El tío Juanín...

DON JUANÍN

El tío Juanín... Mire usted cómo se ríe la muy picarona...

ANA MARÍA

¿Por qué se ríe?

DON JUANÍN

Porque me encerré en mi celda por dentro, como acostumbro siempre que viajo—á escribirle á su madre contándole lo sucedido,—y se encajó la puerta y no podía salir.

ROSAURA

¡Si yo no llego en su socorro y empujo, no sale!

ANA MARÍA

Sí hubiera salido, mujer. Total, con un esfuerzo... ¿Verdad, don Juanín?

DON JUANÍN

¡Claro! Sólo que esta cascabelera lo mismo se asusta que se ríe.

ANA MARÍA

Suspirando. ¡Ay!...

SEÑORA IGNACIA

¿Se ha cansado usted?

ANA MARÍA

Un poquitillo. Juraría yo que la Cruz está ahora más lejos que hace años.

TELMO

Atando cabos. ¿Más lejos que hace años?

ANA MARÍA

Pero la tarde es deliciosa.

DON VIRGILIO

Deliciosa. Es imponderable esta hora en este lugar.

ANA MARÍA

Ciertamente. ¡Y cómo se entran por el alma esta quietud y este silencio!

ROSAURA

¡Lo que gozo yo aspirando los olores del campo!

Rosaura ha advertido ya la intensa emoción de Leoncio al mirarla. Ella, por su parte, no dirá nada en lo sucesivo que no sea para hacerse agradable á sus ojos.

Del interior del Monasterio sale sonriente y humilde la ENSOÑADORA.

SEÑORA IGNACIA

¡Vaya! ¡No ha de haber fiesta sin tarasca! ¿Qué vienes tú á pintar aquí?

DON VIRGILIO

La he llamado yo, señora Ignacia. Sabe la Ensoñadora que gusto hablar con ella. Además, querían conocerla bien estas damas.

SEÑORA IGNACIA

¡Una novelera; una visionaria; una loca! Lo mismo que... ¡Pero tente, lengua, que al buen callar le llaman Sancho!

DON JUANÍN

¿Has visto, Rosaura? Es curiosa la muchachuela.

ROSAURA

Ya la conocía.

DON VIRGILIO

La señora Ignacia, que quiere mucho á la Ensoñadora, se lleva con ella muy mal, porque la Ensoñadora sostiene que en el castillo de Trasmonte hay brujas, y la señora Ignacia cree que es otra cosa lo que hay.

SEÑORA IGNACIA

¡Y muy distinta! ¡Telmo lo sabe como yo!

TELMO

¡Sí, sí; brujas!

ANA MARÍA

Ensoñadora, ¿tú conoces bien el castillo ese?

ENSOÑADORA

En él nací, señora.

ANA MARÍA

Ah, ¿naciste en el castillo?

ENSOÑADORA

Sí.

ROSAURA

¡Nació en el castillo! ¿Y cómo es eso? Pues ¿qué eran tus padres?

ENSOÑADORA

Leñadores que allí tenían su albergue. Yo recuerdo que cuando yo era niña, en las noches más tenebrosas del invierno, bajaban mis padres á los bosques, burlando á los guardas, á cortar leña de los troncos, y me dejaban á mí sola. Por eso sé yo mejor que nadie lo que hay en el castillo.

DON JUANÍN

¿Brujas?

ENSOÑADORA

Brujas... y espíritus... y almas en pena... y luces que corren por el suelo en la oscuridad... y voces que hablan unas con otras en la noche.

ROSAURA

¿Y tú no sentías miedo?

ENSOÑADORA

Mucho miedo; mucho. Y quería bajar del castillo al bosque con mis padres. Pero ellos no querían.

SEÑORA IGNACIA

Diga usted que todo eso es patraña; invención que ella se forja á su capricho. ¡Sus padres! ¡sus padres! ¡La dejaron ir con unos payasos!...

ENSOÑADORA

¿Y eso, qué?

ANA MARÍA

¿Con unos payasos?

ENSOÑADORA

Sí. Yo era muy dada á referir consejas, á cantar canciones, á decir romances. Una noche de tempestad acertaron á guarecerse en el castillo unos titiriteros que iban de paso. Me oyeron decir mis romances y mis

consejas, y quisieron llevarme con ellos. Se convinieron con mis padres, y con ellos me fuí. Yo soñaba con verme puesto un vestidillo de colores que me enseñaron.

SEÑORA IGNACIA

Y aun se viste con harapos de aquella gentuza.

DON VIRGILIO

Déjela usted, señora Ignacia.

TELMO

¡Que cuente lo que hacía por los pueblos!

ROSAURA

¿Qué hacía?

DON JUANÍN

A ver, á ver lo que hacía por los pueblos.

ENSOÑADORA

Lo que me mandaba el señor Bustos, que con todos era malo y conmigo bueno. Decíame: «Ahora vas á salir á hacer de princesa enamorada.» Y yo salía, y con las palabras que discurría yo misma, hacía de princesa. Decíame otra vez: «Ahora has de hacer de loca.» Y me soltaba el pelo, y hablaba mil disparates como las locas, y la gente reía y aplaudía.

DON VIRGILIO

Pero lo más curioso de la vida de esta chiquilla, con serlo eso bastante, empieza cuando vino al Valle y la señora Ignacia la amparó.

ANA MARÍA

Bien hizo la señora Ignacia.

SEÑORA IGNACIA

¿Y quién no hubiera hecho lo mismo, si la trajeron los saltimbanquis enferma y malherida de un porrazo, y los padres ó lo que fueran habían muerto ya? ¡Y mal que me pese le tengo ley á esta maldita de cocer!

ROSAURA

¿Y dice usted, señor, que desde entonces es más interesante su vida?

DON VIRGILIO

Sin duda alguna. Atiendan ustedes. Es el caso que un viajero un tanto distraído que vino al Valle...

SEÑORA IGNACIA

¡Uno de los mil malas cabezas que andan por el mundo!

DON VIRGILIO

Se dejó olvidado en la Peña Vieja, donde iba á leer y á meditar, un libro inestimable.

ENSOÑADORA

Y yo me lo encontré una mañana vagando por aquellas alturas.

DON VIRGILIO

Y ya verán ustedes para qué lo encontró.

ENSOÑADORA

Yo no sabía leer; y aquel libro no tenía estampas; pero á mí se me figuró al verlo abierto, y abandonado en aquel lugar tan solo, que era para mí, que me pedía que lo leyera, que debía de tener historias de amor y cuentos de doncellas.

TELMO

¡Y aprendió á leer no más que por enterarse del libro!

ROSAURA

¿Aprendió á leer?

ENSOÑADORA

Y bien pronto. Porque yo imaginé que era aquel libro al igual que esas oraciones que hay que aprenderlas cuando se oyen y hay que decirlas cuando se saben. Un pastor me enseñó las letras, y luego yo sola, de noche y de día, con el alma en los ojos, trabajé afanosa hasta entenderlo. Y según lo iba yo deletreando,

se me aumentaba la sed de entenderlo algún día tan claramente como los romances y las consejas y las canciones, para repetirlo también. Y cuando lo entendí de esa manera, lo leí muchas veces. Donde podía, donde nadie me veía leerlo. En el claustro, y junto á la puerta de la iglesia, y entre los lirios que crecen al pie de las sepulturas de los monjes, y en la tapia de las campanillas azules, y en la peña donde lo hallé, y en los remansos que forma el río, y oculta entre los álamos que cercan la fuente... ¡Oh! ¡lo he leído tanto ya, que aunque me lo robara una bruja, aprendería á escribir como aprendí á leer y lo escribiría todo entero!

SEÑORA IGNACIA

Una bruja, no, pero como yo logre atraparlo, despídete de él, que al fuego va.

ROSAURA

Pues será un dolor.

SEÑORA IGNACIA

Pero ¿usted sabe, señorita? ¡Si el dichoso libro ha concluído de trastornarla! Imposible contar con ella. Me hace falta cuando menos se piensa para cualquiera menester, ¿y en dónde estará la Ensoñadora? ¡Y la Ensoñadora está en la iglesia, con la oreja pegada á la sepultura de algún guerrero, que de verla no más se eriza el pelo y entra frío, ó está en el claustro mirando en las bóvedas los nidos de las golondrinas y diciendo versos como una tonta!

ENSOÑADORA

Inconscientemente.

Volverán las oscuras golondrinas
en tu balcón sus nidos á colgar...

SEÑORA IGNACIA

¿Ve usted?

ANA MARÍA

¡Ah! Pero ¿el libro que la ha cautivado es el de Bécquer?

ROSAURA

¿Es el de Bécquer?

ANA MARÍA

¿Lo has leído tú?

ROSAURA

Conozco algunas rimas que me decía al oído mi compañera; la que encerraron por causa de la carta del novio.

ANA MARÍA

Ya.

DON VIRGILIO

Bécquer... Gustavo Adolfo Bécquer...

DON JUANÍN

Aquellos eran otros tiempos... ¿Verdad, señor?

DON VIRGILIO

Para usted y para mí, sin duda.

ANA MARÍA

Pues ahora que sé quién es el poeta, comprendo todo el hechizo de la Ensoñadora.

DON VIRGILIO

Tan poderoso es, que yo le ofrezco otros libros bellos y no los quiere. Principia á leerlos y los deja y vuelve con más amor al que la cautiva. El espíritu del libro ha llenado el suyo, se ha fundido con él, y ha engendrado en su alma aquellas nieblas luminosas, y aquellos embelesos inefables, y aquellos ensueños sin voz y sin palabras que temblaban como la luna en los lagos en el alma del gran poeta.

ROSAURA

¿Quieres decirnos alguna rima, para que te oigamos?

SEÑORA IGNACIA

¡Que si quiere! Suspirando está. ¿No le ve usted los ojos como ascuas?

ROSAURA

Pues di alguna; sí.

ENSOÑADORA

¿Y cuál he de decir, señorita?

ROSAURA

La que quieras.

ANA MARÍA

La que mejor recuerdes.

ENSOÑADORA

Las recuerdo todas igual.

ROSAURA

Aquella tan preciosa que dice que mientras haya primavera en el mundo...

ENSOÑADORA

Ah, sí; la rima eterna.

ANA MARÍA

¿La rima eterna?

DON VIRGILIO

El dueño del libro abandonado, glosó y comentó á su gusto, con sutil ingenio, todas sus páginas. Y á esta rima que vamos á oir de labios de la Ensoñadora, le llamaba la rima eterna, sin duda porque vió que en ella Bécquer supo evocar las eternas fuentes de poesía. Habrá poesía, dice...

ROSAURA

Mientras haya primavera.

DON VIRGILIO

Y mientras no penetremos en el misterio de la vida.

ANA MARÍA

Y mientras haya quien recuerde... y espere.

LEONCIO

Mirando fijamente á Rosaura. Y mientras quede un suspiro de amor y haya una mujer que nos enamore.

ENSOÑADORA

Espontáneamente, cruzadas sobre el pecho las manos y fija en un punto del espacio la vista, dice la rima con ingenua ternura, con sencillez de niña, pero con clara conciencia de su hondo sentido poético.—Cada uno de los personajes escucha con mayor emoción, que debe exteriorizarse de manera muy delicada, aquella estrofa que más le interesa y conmueve.

No digáis que agotado su tesoro,
de asuntos falta, enmudeció la lira:
podrá no haber poetas; pero siempre
habrá poesía.

—

Mientras las ondas de la luz al beso
palpiten encendidas;
mientras el sol las desgarradas nubes
de fuego y oro vista;
mientras el aire en su regazo lleve
perfumes y armonías;
mientras haya en el mundo primavera,
¡habrá poesía!

—

Mientras la ciencia á descubrir no alcance
las fuentes de la vida,
y en el mar ó en el cielo haya un abismo
que al cálculo resista;
mientras la humanidad siempre avanzando
no sepa á do camina;
mientras haya un misterio para el hombre,
¡habrá poesía!

—

Mientras sintamos que se alegra el alma
sin que los labios rían;
mientras se llore sin que el llanto acuda
á nublar la pupila;
mientras el corazón y la cabeza
batallando prosigan;
mientras haya esperanzas y recuerdos,
¡habrá poesía!

—

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;

mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Cae el telón.

FIN DEL ACTO PRIMERO

ACTO SEGUNDO



Los sucesos de este acto pasan en el mismo lugar que pasaron los del anterior, pero á distinta hora. Es por la mañana.



En el campo, á lo lejos, un ZAGAL canta alegremente esta copla:

ZAGAL

La nieve se va del monte;
ya viene la primavera;
voy á buscar en Trasmonte
una moza que me quiera

Así que la copla termina, salen LEONCIO y la ENSOÑADORA de la parte del campo. La Ensoñadora trae una gran brazada de flores diversas, que luego deja en el pilar que hay al pie del muro de las campanillas.

LEONCIO

¿Y dices que en toda la noche no se te ha ido del pensamiento la rima eterna?

ENSOÑADORA

En toda la noche, señor. Nunca la dije que más adentro me sonara.

LEONCIO

¿Y hasta en sueños has vuelto á repetirla?

ENSOÑADORA

Y con ella en los labios desperté, como si fuera la oración de la mañana.

LEONCIO

¿Por qué habrá sido ello, Ensoñadora?

ENSOÑADORA

Si lo supiera yo... Y si yo acertara á explicarlo... Yo vi, cuando empecé á decir la rima, alentar á la señorita muy alegre; y vi entristecerse á don Virgilio; y suspirar sin suspirar á la otra señora, y á usted mirar embelesado... Esto es lo que yo sé.

LEONCIO

¿Y cómo pudiste ver tanto, si dijiste la rima con los ojos fijos en el cielo?

ENSOÑADORA

Pues es verdad: con los ojos en el cielo la dije. Pero lo vi, lo vi. Si no se viera más que lo que se mira...

LEONCIO

También es cierto.

Canta de nuevo el Zagal un poco más cerca que antes.

ZAGAL

Primavera, yo quisiera
que me dieras una flor;
primavera, la primera
de la huerta del amor.

Llega la SEÑORA IGNACIA, también del campo. En la mano trae un cestillo con frutas.

SEÑORA IGNACIA

Si como cantas cuidaras el rebaño, no habría tanto que hablar de que ha venido el lobo.

LEONCIO

Bien canta, bien canta el zagalillo.

SEÑORA IGNACIA

Natural es que cante bien: un buen pájaro fué su padre, y su madre una buena pájara... ¿A quién había de salir el mozo? Estremeciendo con un grito á la Ensoñadora, que está ensimismada. Leoncio escucha el coloquio sonriéndose. ¡Eh! ¿En qué piensas tú? ¡Temprano principian hoy las telarañas en el aire!

ENSOÑADORA

Oía cantar á Risco.

SEÑORA IGNACIA

Repitiendo, con mal contenido enojo, las palabras de la Ensoñadora. ¡Oía cantar á Risco!... ¿Y la leña?

ENSOÑADORA

Orilla del hogar la puse.

SEÑORA IGNACIA

¡Orilla del hogar la puse!... ¿Y el pan?

ENSOÑADORA

Bautista ha de traerlo.

SEÑORA IGNACIA

¡Bautista ha de traerlo!... ¿Viste á la tía Ñasca?

ENSOÑADORA

Vila.

SEÑORA IGNACIA

¡Vila! ¡vila! ¡La vi; se dice!

ENSOÑADORA

La vi.

SEÑORA IGNACIA

¿Tiene chorizos buenos?

ENSOÑADORA

Eso no sé.

SEÑORA IGNACIA

¿Pues no fuiste á buscarlos?

ENSOÑADORA

Sí fuí; pero me dió miedo hablarle, señora Ignacia.

SEÑORA IGNACIA

¿Miedo por qué? ¿No ibas con tus dineros por delante?

ENSOÑADORA

Como dicen que está embrujada y que hace mal de ojo...

SEÑORA IGNACIA

¡Bah! ¿Le parece á usted, señor caballero? ¡Quítate de mi vista! ¡Si llego á ser tu madre yo, no cumples los años que tienes: te mato antes á golpes con una buena vara de fresno! Reparando en la brazada de flores. ¿Qué flores son esas?

ENSOÑADORA

Unas que he cogido para la señorita que anoche llegó.

LEONCIO

Acompañada y secundada por mí, señora Ignacia. ¿Qué hay?

SEÑORA IGNACIA

Hay que Dios los cría y ellos se juntan, señor mío. A mí fachendas tan de mañana, no. Tengo muy mal amanecer.

LEONCIO

¡Ja, ja, ja! Al contrario que el de las flores.

SEÑORA IGNACIA

Si con eso ha querido usted llamarme ortiga ó cardo borriquerro, mejor para mí. ¡La falta que le estarán haciendo á la señorita Rosaura esas flores que no valen un maravedí, harta como estará ella de ver rosas y ver claveles y cuanto Dios crió de lo fino!

ENSOÑADORA

No las cogí porque le hagan falta, sino por ofrecérselas. Y le llevo lo que los campos dan. Lirios, y margaritas, y rosas de pasión, y violetas silvestres. Y campanillas y madreselvas. Y espigas y amapolas también. Y muchas de todos colores que yo no sé nombrar. Esta es la primavera del Valle.

LEONCIO

Las muchachas gustan de las flores por pobres que sean.

ENSOÑADORA

Y entre las del Valle, nunca las encontré tan lindas como las de hoy. ¿Me deja usted que las desbroce un poco, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA

Allá tú. No has de hacer cosa de más provecho...

La Ensoñadora se acerca al pilar y se sienta á arreglar las flores.

ENSOÑADORA

Mire: aún conservan rocío. Como son más bonitas, lloró más la noche al despedirse de ellas... Con ingenua espontaneidad.

Mientras haya en el mundo primavera...

Dice este señor que las flores en primavera tienen más conciencia de que son flores...

SEÑORA IGNACIA

Perpleja. ¿Usted dice eso?

LEONCIO

Sí, señora Ignacia. Y lo digo porque sé que las flores sienten y ríen y lloran como las mujeres. La señora Ignacia lo mira con recelo. Leoncio sigue, entre burlas y veras. Yo, deshojando una margarita, al arrancarle cada hoja, he sentido un lamento.

SEÑORA IGNACIA

Dispuesta á retirarse, por no oir más cosas extraordinarias. ¡Estornude usted para decir Jesús tres veces!

Sale del Monasterio DON VIRGILIO.

LEONCIO

Ah, ¿cree usted que no es cierto?

SEÑORA IGNACIA

¡Y tanto! ¿Quién ha de pasar tamaño despropósito, señor mío?

DON VIRGILIO

¡Pero, señora Ignacia, que apenas sale el sol ya está usted riñendo!

SEÑORA IGNACIA

¡Y reñiré un día, don Virgilio, cuando los gallos empiecen á cantar! ¿Piensa usted que una persona en su sano juicio puede vivir en paz entre tantos locos?

LEONCIO

¿Cómo locos?

SEÑORA IGNACIA

Locos: y el primero de todos usted, que está peor que el don Quijote.

LEONCIO

¡Ja, ja, ja!

SEÑORA IGNACIA

¡Angela María! ¡Que las flores se quejan!... Vaya, vaya, me marcho; que no soy dada á descararme con nadie, si no es en un repente. Se va al interior con sus frutas.

Ríen de buena gana Leoncio y don Virgilio, y sonríe la Ensoñadora

DON VIRGILIO

Negada á toda idealidad; á toda fantasía. No hay para ella más verdad que la que tocan sus manos y ven sus ojos.

LEONCIO

Yo le he cogido el flaco, y me divierto en exaltarla con invenciones maravillosas. ¿Se descansó, señor don Virgilio?

DON VIRGILIO

A medias nada más. Me acosté con el espíritu muy despierto.

LEONCIO

Yo también.

DON VIRGILIO

Como paso los días en el Valle siempre tan solo y

tan aislado, y ayer vinieron las cosas á sacarme de ese recogimiento, de ahí mi intranquilidad y mi insomnio.

LEONCIO

¿Y ahora?

DON VIRGILIO

Ahora me alejaré un buen trecho y me pondré á leer allá á la sombra de los álamos. Si me arrullan mucho sus hojas, no es difícil que me quede dormido.

LEONCIO

La mañana es fresca y agradable.

DON VIRGILIO

¿Y las viajeras?

LEONCIO

Duermen todavía. Al menos yo no las he visto.

DON VIRGILIO

Entonces duermen.

LEONCIO

Es posible. Y voy á aprovechar su sueño para hacerle á usted una pregunta.

DON VIRGILIO

Diga usted.

LEONCIO

¿Conoció usted nunca criatura más bella?

DON VIRGILIO

Más bella que cuál: porque vienen dos.

LEONCIO

Más bella que la más bella, don Virgilio: más bella que Rosaura. ¿Es ceguera de enamorado cuanto le dije á usted ayer? ¿Hay en el mundo mujer más divina?

DON VIRGILIO

Melancólicamente. Quizás no la haya... pero tal vez la hubo...

LEONCIO

Recordando. Ah; es verdad. Perdone.

DON VIRGILIO

¿Usted sabe?...

ENSOÑADORA

Sí, señor don Virgilio: yo le he contado esta mañana...

DON VIRGILIO

Ya. La Ensoñadora conoce bien y entiende mi dolor. ¡Si viera usted, amigo mío, qué tristeza me causó ayer

la risa de esa muchacha, que oí de pronto resonar desde lejos allá en las bóvedas del claustro!

LEONCIO

Lo comprendo: ¿le recordó sin duda...?

DON VIRGILIO

Sí.

ENSOÑADORA

Don Leoncio también se interesa mucho por su pena. Háblele, don Virgilio.

DON VIRGILIO

¿Para qué?

LEONCIO

Para darle á usted el consuelo de ser escuchado. Se lo debo ya. Desde ayer.

DON VIRGILIO

¡Ay, amigo Leoncio! Cuando encuentro quien de veras me oye, como en este caso, se abre mi corazón fácilmente. Yo no vivía más que para mi hija. Murió su madre al nacer ella, y en ella junté mis dos amores. Y la vi crecer fascinado de su belleza; conmovido de su ternura. Había en sus ojos claros una luz suave y celestial, que acariciaba y resplandecía. Había en su alma pura no sé qué misteriosa atracción de lo desconocido y de lo ignoto. Ahora ya me doy á creer que era todo ello vaga inquietud de estar en la tierra.

LEONCIO

¿La perdió usted hace mucho tiempo?

DON VIRGILIO

Pronto hará tres años.

ENSOÑADORA

Y no sabe de qué murió.

DON VIRGILIO

No lo sé. Ni entonces lo supe, ni lo supo nadie, ni después he podido saberlo tampoco. Amaneció un día diciéndome: «Me voy... me muero.» Y la vi desde aquel día palidecer, y agostarse, y morir. Y acudí á la ciencia de los hombres lleno de terror, y la ciencia de los hombres sólo acertó á confirmar que se moría. ¡Oh! Yo á los hombres ya no tengo nada que preguntarles.

LEONCIO

Es verdad.

DON VIRGILIO

Porque, ¿qué me responderían, si no alcanzaron á detener su muerte, si no supieron hallar las fuentes de su vida, cuando yo les dijera que es la violeta mi predilecta flor, y que en la tierra donde ella descansa han brotado unas violetas que no ha sembrado nadie?

LEONCIO

¿Unas violetas?

DON VIRGILIO

¡Que me miran como sus ojos!

ENSOÑADORA

¡Qué misterio!

DON VIRGILIO

Misterio, Ensoñadora. Tú has dicho la palabra. ¡Misterio! Misterio en la vida y en la muerte, en los abismos del mar y del cielo. Yo le agradezco á usted, amigo mío, esa emoción con que me oye.

LEONCIO

Sincera y profunda: lo puede usted creer.

ENSOÑADORA

Pues todavía lo será mayor cuando le refiera lo que le sucedió escribiendo.

LEONCIO

¿Qué?

DON VIRGILIO

Escuche, ya que es capaz de atenderme así. Mi hija se fué del lado mío, y yo la siento á todas horas á mi alrededor. Me acompaña en mis solitarios paseos; me aguarda en mi celda, me consuela en mi gran quebranto, me besa en la noche. Alguna vez siento su mano tenue y suave, que ordena mis cabellos; que seca mi frente... En vida ella me escribía algunos trabajillos

que le dictaba yo, por así aliviar la fatiga de mi tarea. La pluma volaba en su mano, y la huella delicadísima que iba dejando sobre el papel la comparaba yo al paso de una mariposa en la nieve. Llegó aquel día, más triste que ninguno, en que tuve yo que escribir lo que ella hubiera escrito si viviera. Mi mano se crispaba, entorpecida más bien por mi dolor que por su perdida costumbre. En un momento de gran cansancio, surgió en mi pensamiento una idea y la mano se negó á escribirla. Cerré los ojos abatido... La idea vagaba en el cerebro entre tanto... No sé qué tiempo estuve así. Cuando de nuevo incliné la cabeza sobre el papel me estremecí al mirarlo. Por él había pasado la mariposa. La idea estaba escrita. ¿Fué su mano blanca? ¿Fué la mía que fingió su escritura? No sé... no sé... Sólo sé que guardo desde entonces aquel pedazo de papel como una reliquia.

ENSOÑADORA

¡Oh! ¡Fué su mano!

DON VIRGILIO

¿Lo crees tú?

ENSOÑADORA

Yo sí.

DON VIRGILIO

También yo.

¿Vuelve el polvo al polvo?
¿Vuela el alma al cielo?

Así pregunta tu divino poeta, doliéndose de la triste soledad en que quedan los muertos. Y yo pienso que cuando el dolor nos purifica, los muertos no quedan tan solos: algo de ellos vive con nosotros, ó algo nuestro se muere con ellos. Pero la verdad, ¿quién la sabe?

LEONCIO

Le he hecho á usted llorar, don Virgilio.

DON VIRGILIO

A Dios gracias. Estas lágrimas no me queman los ojos. Lo que siento es haberlo entristecido á usted, que estaba tan alegre.

LEONCIO

¡Por Dios! Se estrechan las manos.

DON VIRGILIO

Me voy al campo con mi pena, y lo dejo á usted aquí con su amor. También en el amor, que es vida, hay misterios hondos como el de la muerte.

LEONCIO

También.

DON VIRGILIO

¿Hasta luego?

LEONCIO

Hasta luego.

Vase don Virgilio hacia el campo. Leoncio lo mira sin hablar.

ENSOÑADORA

Mientras haya un misterio para el hombre...

LEONCIO

¡Pobre viejo! El dolor de los dolores es el suyo. Prestando oído hacia el Monasterio. ¿Eh?

ENSOÑADORA

¿Qué?

LEONCIO

Calla. No. Me pareció que hablaba ella. Es el corazón que sube al oído y finge lo que quiere oir.

ENSOÑADORA

Pues las flores ya están desbrozadas y limpias.

LEONCIO

¿Y el libro?

ENSOÑADORA

¿El libro? Mire usted no venga y lo vea la señora Ignacia.

LEONCIO

Sí; que ha jurado quitártelo.

ENSOÑADORA

Para echarlo al fuego. Tanto valdría que me quemara á mí. De un oculto rincón del patio saca el libro de Bécquer. Está toscamente forrado, y tiene huellas de haber sido cien veces leído, al aire y al sol.

LEONCIO

¿Ese es el escondite?

ENSOÑADORA

No, señor; aquí lo traje esta mañana, para dárselo á la señorita, que me dijo anoche que quería leerlo. Yo lo tengo siempre muy lejos de aquí, entre unas peñas que forman un hueco, donde no puede entrar la lluvia, ni el aire apenas.

LEONCIO

Hojeando el libro. Cuánta nota en las márgenes... Es curioso. Leyendo en una página.

Si al mecer las azules campanillas
de tu balcón,
crees que suspirando pasa el viento
murmurador,
sabe que oculto entre las verdes hojas
suspiro yo.

ENSOÑADORA

Déme, no nos coja la señora Ignacia leyendo.

LEONCIO

No hay cuidado. Lo que debes hacer es llegarte á ver

donde anda ahora, por si fuese el momento oportuno para entregárselo con las flores á la señorita.

ENSOÑADORA

Bien dice usted. Y voy á ello.

LEONCIO

Aquí te aguardo yo.

ENSOÑADORA

No abandone el libro.

LEONCIO

Nada temas, mujer.

La Ensoñadora se entra en el Monasterio. Leoncio, no bien se queda solo, apoyando un pie en el pilar y haciendo mesa de su rodilla, escribe dos líneas en una página del libro. Después guarda una florecilla en la misma página, y lo cierra. Vuelve la ENSOÑADORA.

ENSOÑADORA

Está en la hospedería muy afanada. Aunque despierte á la señorita, voy á llevárselo ahora todo.

LEONCIO

Muy bien. Toma el libro.

ENSOÑADORA

Traiga.

LEONCIO

Y las flores.

ENSOÑADORA

Las flores. Voy corriendo á la celda. Torna á marcharse al interior.

LEONCIO

Jamás fué el amor mejor oculto que entre las hojas del libro de un poeta. Esperemos. Y esperemos mirando si el balcón de la celda se abre. Va á irse por el campo, y le sorprende y lo detiene la llegada de ANA MARÍA. ¡Oh, señora! Pero ¿está usted ya levantada?

ANA MARÍA

Así parece. Buenos días.

LEONCIO

Buenos días. Mira inquieto, como buscando á Rosaura.

ANA MARÍA

No. Vengo yo sola.

LEONCIO

Pues, ¿y su amiguita?

ANA MARÍA

¿Rosaura? Si la dejo dormir, hasta las tantas tiene hoy. El primer día que amanece fuera del convento, para que despierte hay que rociarle la cara como una flor.

LEONCIO

Como una flor... ¿Y usted, por lo visto, vuelve ya de dar un paseo?

ANA MARÍA

Y bien largo. Salí por el patio de allá, ¡y qué sé yo lo que he caminado á estas horas!

LEONCIO

¿Conoce usted el sitio?

ANA MARÍA

Sí, señor.

LEONCIO

¿Ha estado usted otra vez en el Valle?

ANA MARÍA

Hace años. ¿Usted no?

LEONCIO

No, señora. Es la primera vez que vengo.

ANA MARÍA

Pues le encantará, seguramente.

LEONCIO

Ya me tiene encantado. Ayer, en el caballejo de Telmo, erré todo el día por ahí.

ANA MARÍA

¡Oiga! ¿Es usted quizás un jinete que primero estaba á la puerta de un ventorrillo...?

LEONCIO

Sí, señora.

ANA MARÍA

¿Y luego siguió un buen rato nuestro coche?

LEONCIO

El mismo. Me sorprendió, en estas soledades del campo, hallar caras tan bellas.

ANA MARÍA

¿Le... sorprendió á usted?

LEONCIO

Puedo jurarlo.

ANA MARÍA

No hace falta.

Sale TELMO como disparado del Monasterio, con dos ojos que son dos mil preguntas y dos orejas insaciables y en ayunas aún.

TELMO

¡Felices días!

LEONCIO

Felices.

ANA MARÍA

Hola, Telmo. A Leoncio. Pues vaya, vaya adonde ahora iba; por mí no se detenga. Esto tiene mucho que ver y que admirar.

LEONCIO

Efectivamente. Ahora voy... á lo que usted ha ido tan de mañana: á vagar sin rumbo, á subir á la Peña, á charlar con cualquier pastorcillo... á hacer ganas para almorzar. Adiós, señora.

ANA MARÍA

Hasta después.

Se va Leoncio por el campo, y Telmo salta nerviosísimo en seguida que desaparece.

TELMO

Ni va á vagar sin rumbo, ni sube á la Peña, ni charla con ningún pastor, ni hace ganas para almorzar, ni almuerza. ¡A mí!

ANA MARÍA

¿Por qué dices eso?

TELMO

¡Como que yo también vivo en la luna! ¡Como que soy el tonto del lugar!

ANA MARÍA

¿Qué hablas, hombre?

TELMO

¡Si en el pueblo me van á correr los rapaces!

ANA MARÍA

¿Qué hablas?

TELMO

¡Si veo visiones! ¡Si me da un chasco el primero que llega! Ya, ya. ¡Métame usted un dedo en la boca, á ver si lo muerdo!

ANA MARÍA

El abanico no diré que no, á ver si te callas.

TELMO

¡A mí!

ANA MARÍA

¡A ti! ¡á ti! ¡A ti lo que te ocurre es que si la curiosidad fueran pulgas te llevabas el día rascándote.

TELMO

Eso sí: y la noche también. Pero lo que yo le digo á la señora es que ese señorito adonde va ahora mismo es á ver si se abre el balcón de la celda de la señorita Rosaura.

ANA MARÍA

Je.

TELMO

¿Cómo je? ¿Por qué dice usted je?

ANA MARÍA

¡Qué simpleza! Porque no se me ha ocurrido otra cosa. Sobre todo mirando la cara de bobo que pones.

TELMO

¿De bobo? ¿Pongo cara de bobo?

ANA MARÍA

Acabada.

TELMO

¡Métame usted un dedo en la boca!

ANA MARÍA

¡Y dale!

TELMO

¿Usted conocía al señorito?

ANA MARÍA

No.

TELMO

¿Por qué?

ANA MARÍA

Porque no lo he visto hasta anoche.

TELMO

¿Y... y...?

ANA MARÍA

¿Y qué?

TELMO

¿La señorita? ¿Lo conocía la señorita?

ANA MARÍA

Tampoco.

TELMO

¿Por qué?

ANA MARÍA

Por lo mismo que yo.

TELMO

¿Y don Juanín?

ANA MARÍA

Pregúntaselo á él, si te importa.

TELMO

¿Por qué?

ANA MARÍA

¡Ay, Jesús! ¡Porque lo sabrá mejor que yo!

TELMO

¿Mejor que usted?

ANA MARÍA

¡Claro!

TELMO

¿Por qué?

ANA MARÍA

¿Por qué no te compras la rueda de la fortuna, que no trae más que preguntas y respuestas?

TELMO

Usted perdone. Es que me alimenta el averiguar lo que no sé. Desde que era así: me entra un hormiguillo, un hormiguillo... Y más vale saber que ignorar, ¡qué demonio!

Sale la ENSOÑADORA, para quien es una sorpresa grata la presencia allí de Ana María.

ENSOÑADORA

¿Usted aquí, señora? Pensé que todavía descansaba. Buenos días.

ANA MARÍA

Dios te guarde, mujer. A descansar vengo. He paseado toda la mañana.

ENSOÑADORA

¿Le gusta el Valle?

ANA MARÍA

Tanto como tú.

ENSOÑADORA

Tanto como yo, dice... ¿Oyes, Telmo? ¿Va á quedarse en él muchos días?

ANA MARÍA

No. Nos iremos esta tarde ó mañana.

ENSOÑADORA

¿Tan pronto? ¿Pues no le gusta mucho el Valle?

ANA MARÍA

Sí, pero...

ENSOÑADORA

Quédese más días; que á mí sí que me gusta usted. Me gusta verla... y escucharla... y me gustaría acompañarla por estos sitios. Y á la señorita también. Yo no sé explicar cómo es esto; pero sin haberlas visto nunca, se me figura que las conozco tiempo hace.

TELMO

Mira, mira, no salgas tú ya con quimeras ni con embelecos.

ENSOÑADORA

¿Yo?

TELMO

Quien conoce á la señora de antiguo, y sabe de dónde y cómo y cuándo y por qué, porque estas cosas no son fantasías de las tuyas, es este que habla.

ENSOÑADORA

¿Tú?

TELMO

Yo mismo: Telmo Candil: el hijo de su padre.

ANA MARÍA

¿Que tú me conoces?

TELMO

A punto he estado de romperme la cabeza contra un guijarro porque no daba en ello. ¿Usted no se acuerda de mí?

ANA MARÍA

Yo, no.

TELMO

Así andaba yo ayer. Y cuando esta media noche caí de golpe en la cuenta, me entró tal alegría que me puse á bailar en el catre. El canto de un pelo me faltó para ir á su celda y despertarla.

ANA MARÍA

¿A qué?

TELMO

A decirle quién era.

ANA MARÍA

¿Quién eras tú?

TELMO

Quién era usted.

ANA MARÍA

Eso lo sé yo perfectamente sin que tú me lo digas á media noche.

TELMO

Por esa reflexión no lo hice.

ANA MARÍA

Como que si lo haces, cuando te enteras bien de quién soy es esta mañana.

TELMO

¡Usted vino al Valle otra vez, va para diez años!

ENSOÑADORA

¿Sí?

ANA MARÍA

Justamente.

TELMO

¡Y con su marido!

ENSOÑADORA

¿Con su marido vino?

ANA MARÍA

Sí por cierto.

TELMO

¡Y de luna de miel!

ANA MARÍA

De luna de miel.

TELMO

¡Y no se pasó mal del todo!

ANA MARÍA

¿Tú qué sabes?

TELMO

¿No he de saberlo yo, si soy Telmillo, el que los guiaba muchas veces?

ANA MARÍA

Telmillo... Telmillo... Ah, sí... ya caigo: un chiquitín... ¡Cualquiera te conoce, muchacho! Y es verdad, es verdad que nos guiaste á muchos sitios.

TELMO

Y oye tú, Ensoñadora, una cosa chusca.

ENSOÑADORA

¿De la señora? ¿Qué?

TELMO

De la señora y del señor. ¡Me prohibieron volver la cara!

ENSOÑADORA

¿Por qué?

ANA MARÍA

Por que mirase donde iba pisando. Es tan curioso...

TELMO

Ya, ya. Sólo que no valió; porque yo cogí un pedacito de espejo de una de las celdas, y como caminaba delante, en el pedacito de espejo lo veía todo. ¡Y vi cosas buenas!

ANA MARÍA

No sé qué verías.

TELMO

Pues si le interesa á usted recordarlo...

ANA MARÍA

Calla, Telmo, calla.

ENSOÑADORA

¿De manera que para usted el Valle, según eso...?

ANA MARÍA

Sí; Ensoñadora: está lleno de encanto, como para ti.

ENSOÑADORA

¿Tiene muchos recuerdos de él?

ANA MARÍA

Muchos: los que más valen en mi vida. Aquí vi volar esas horas en que el amor florece; en que los enamorados cantan su amor como si fuera á ser eterno.

ENSOÑADORA

¿Se embelesará usted entonces cada vez que reconozca un sitio en donde tan dichosa fué?

TELMO

¡Ya está en sus glorias! ¡Ya está ensoñando ella! ¡Mírela: mírela!

ENSOÑADORA

Que calles, Telmo, y dejes hablar á la señora, que quiero oirla. Cuénteme.

ANA MARÍA

Pero ¿qué he de contarte, mujer?

ENSOÑADORA

Todo lo que se le acuerde de aquel tiempo; lo que ensueñe ahora...

ANA MARÍA

¡Lo que ensueñe ahora!... No hay fuente, ni peña, ni alameda, ni rincón oculto, que en mi memoria no avive lo que fué...

TELMO

¿Recuerda la señora el día que quemaron las cartas?

ANA MARÍA

¡Muchacho! ¿Pero cómo te acuerdas tú?

TELMO

¿Yo? ¡Andá! ¡Si yo me acuerdo del primer pecho que me dieron!

ENSOÑADORA

¿Qué cartas eran esas?

ANA MARÍA

Las cartas de novios.

ENSOÑADORA

¿Y las quemaron?

ANA MARÍA

¡Claro! Todas.

TELMO

¡Y ardieron bien!

ANA MARÍA

Sonriendo. Ya ellas en sí llevaban fuego suficiente.

ENSOÑADORA

¿Y cómo fué el quemarlas? ¿Y dónde fué?

TELMO

En el camino que va á la presa.

ANA MARÍA

Al pie de los tres álamos grandes. Las partimos en mil pedazos, y hechas un montón, pusimos en torno y encima y debajo de ellas hojas y ramas secas de los álamos. Bastó una chispa y saltó la llama en el aire. ¡Qué crujir y qué chisporrotear y qué quejarse tantas terne-

zas juntas, como protestando de que nosotros mismos las quisiéramos convertir en cenizas!

ENSOÑADORA

¿Y en cenizas se convirtieron?

ANA MARÍA

No todas; porque cuando la llama era más alta—¿te acuerdas, Telmo?—sopló de pronto el aire con furia, y allá fueron los mil pedazos donde quiso Dios. No hubo medio de volver á reunirlos. El viento de nuevo los esparcía. Y por aquí volaba una palabra de miel, y por allá otra, y otra por allá, y por este lado mi nombre y por el otro el suyo. Y allí quedaron todos, pedazos sueltos de una historia de amor, entre las hojas de los álamos, las flores del suelo y las aguas del río.

ENSOÑADORA

¡Qué lástima! Si yo hubiera estado en el Valle los cojo uno á uno para guardarlos.

TELMO

¡Que si quieres arroz, Catalina! ¿Te piensas tú que al poco rato no fuí yo á la busca? Pero con tan mala suerte, Ensoñadora, que pedacito que encontraba, ó tenía escrito el nombre de Ana, ó tenía escrito el de Luis. En resolución, nada nuevo; porque como yo sabía ya los nombres de los dos, no me enteraba de cosa alguna.

ANA MARÍA

¡Ja, ja, ja!

ENSOÑADORA

¿Y su esposo no vive con usted?

ANA MARÍA

Ahora, no.

TELMO

Están separados.

ANA MARÍA

Separados, no: lejos.

TELMO

¿Qué más tiene?

ANA MARÍA

Pues sí tiene más.

ENSOÑADORA

Yo bien que lo entiendo.

TELMO

¿Por qué?

ENSOÑADORA

¿Y hace mucho que viven así?

TELMO

Cuatro años.

ANA MARÍA

Ya lo oyes.

ENSOÑADORA

¿Por qué causa, señora, si tan bien se quieren?

ANA MARÍA

Ensoñadora, porque la vida no es siempre como una quisiera pintarla. Pero mientras haya esperanza de que vuelva á ser como fué...

TELMO

¡Siempre se aparece la Virgen á los pastores!

ENSOÑADORA

¿Tiene usted hijos?

TELMO

¡Andá!

ANA MARÍA

Lo sabe todo mejor que yo.

ENSOÑADORA

¿Cuántos tiene?

ANA MARÍA

Contesta.

TELMO

O son tres ó son cuatro: en eso no estoy cierto.

ANA MARÍA

Son cuatro.

ENSOÑADORA

¿Niños?

ANA MARÍA

No: la menor es niña.

TELMO

¿Por qué?

ANA MARÍA

A eso sí que no puedo yo responderte.

TELMO

¿Y cómo se llaman? ¿Cómo se llaman?

ANA MARÍA

¿Cómo se llaman? Mira: cuando vuelva yo al Valle con mi marido y con ellos cuatro, como espero volver muy pronto, en el mismo lugar que entonces, quemaremos también las cartas que ahora nos escribimos, y que dicen cosas tan distintas. Y si sopla aquel aire que la otra vez sopló, y vuelan los pedazos, y tú vas á enterarte de lo que dice en ellos, en cada pedazo que en-

cuentres hallarás escrito, en lugar de los nuestros, uno de esos cuatro nombres por que ahora me preguntas. Ya lo verás, Telmo, ya lo verás. Así es como quiero yo que te enteres de cómo se llaman mis hijos.

ENSOÑADORA

¿Llora usted, señora?

ANA MARÍA

Todavía sin lágrimas; pero por si acaso... Adiós.

Entrase en el Monasterio conteniendo un suspiro.

ENSOÑADORA

Viéndola alejarse.

Mientras haya esperanzas y recuerdos...

TELMO

¿Qué murmuras tú?

ENSOÑADORA

¿Yo? Nada... No he dicho nada... ¡Qué buena señora! ¿verdad?

TELMO

De lo poco. Y el señor también. Y rumboso y liberal si los hay.

ENSOÑADORA

¡Y cómo se ve que se quieren!

TELMO

Se quieren, se quieren... No; y se querían, se querían... Me acuerdo una tarde... *Suspendiendo de pronto el apenas empezado relato, y dirigiéndose á una persona que pasa por el campo, y que por malos de sus pecados no le contesta ni una sílaba.* ¡Eh! ¡Eh! ¡Señora Demetria! ¿Adónde bueno?—Ah, no me responde.—¡Eh! ¡Señora Demetria! ¿Se ha quedado usted sorda?—¡Y sigue sin volver la cara!—¿De dónde se viene?—¡Como si no fuera con ella! ¿Por qué se callará? ¡Más tiene debajo de tierra que encima! Pero no sabe que da conmigo, que la sigo hasta el pueblo.—¡Eh! ¡Señora Demetria!—De aquí á un rato.—¡Señora Demetria! *Márchase corriendo.*

La SEÑORA IGNACIA sale del Monasterio á las voces.

SEÑORA IGNACIA

¿Adónde se va ese diablo? ¿Por qué grita así?

ENSOÑADORA

Porque ha pasado una mujer y no le ha contestado á sus preguntas.

SEÑORA IGNACIA

¡Se condenará por curioso! *Quédase contemplando á la Ensoñadora, que la mira y que no se mueve* Y esta noche va á salir una estrella de rabo.

ENSOÑADORA

¿Sí? ¿Cómo lo sabe?

SEÑORA IGNACIA

¡Cómo lo sabe!... ¿Serás tonta? Eso es un decir que se dice siempre que ve una á su alrededor algo que no se explica.

ENSOÑADORA

¿Y qué es lo que usted no se explica, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA

Que todos los días, apenas amanece Dios, te vas á volar por esos campos, y hoy no sales del Monasterio.

ENSOÑADORA

No me riña... Si me quisiera oir, yo le contaría... Este amanecer, me alejaba de aquí con la primera luz cogiendo flores, y oí una voz, no sé si del cielo ó de la tierra, que me dijo: «¡Ensoñadora! ¡No te vayas del Valle! ¡Vuelve al pilar de las campanillas!» Y le puedo jurar que antes de escuchar esa voz, mi sentir me decía lo mismo. ¿Usted no lo cree?

SEÑORA IGNACIA

¿Lo de la voz? Ni pizca. ¿Cómo voy yo á creer en patrañas? Lo que sí deploro, ya que tú oyes esas voces del otro mundo, es que no te aconsejen mejores cosas. La de hoy, por ejemplo, te ha podido decir muy bien que me ayudaras á desplumar los pollos.

ENSOÑADORA

No me riña...

Sale del Monasterio ROSAURA, hecha una rosa fresca. Trae prendidas al pecho algunas de las flores de la Ensoñadora.

ROSAURA

Santos y buenos días.

SEÑORA IGNACIA

Buenos días, señorita. Contesta tú, mujer.

ENSOÑADORA

Ya la vi al llevarle las flores.

ROSAURA

Ya, ya nos vimos.

SEÑORA IGNACIA

¿Ha dormido usted bien?

ROSAURA

No, señora; que he estado muy inquieta.

SEÑORA IGNACIA

¡Vaya por Dios!

ROSAURA

Cosa rara en mí, ciertamente. Pero, nada, hice el primer sueño, y se acabó el dormir. No sé qué habrá sido.

SEÑORA IGNACIA

Ya, ya.

ROSAURA

Oí cantar las alondras, y después de las alondras un enjambre de pájaros de todas castas; porque no parecía sino que todos los del cielo se habían dado cita en el jardín del claustro.

ENSOÑADORA

Los ahuyenta el Enero y el Mayo los trae, señorita.

SEÑORA IGNACIA

¡Oiga! ¿Y don Juanín?

ROSAURA

Dormido sigue.

SEÑORA IGNACIA

¡Bendígalo Dios! Porque barrunto que es el único que se ha pasado de un solo tirón toda la noche; con tanto hablar de que no siendo en su cama no pegaba él un ojo.

ROSAURA

¡Ay, qué hermosa mañana! ¡Qué bien se respira! Mire las campanillas, qué preciosas.

ENSOÑADORA

Nacen mucho en estas ruinas.

ROSAURA

También en el convento. Pero estas de aquí están

más alegres. Y á mí me interesa ver que las abre el sol y las cierra la luna.

SEÑORA IGNACIA

¿Eh?

ROSAURA

¿Qué guardarán cuando se cierran?

SEÑORA IGNACIA

Estupefacta. ¿Eh? ¿Pero usted también...?

ROSAURA

¿Cómo?

SEÑORA IGNACIA

¿Usted también fantasea, y piensa romances, y le busca tres pies al gato?

ROSAURA

¿A qué gato, señora Ignacia?

SEÑORA IGNACIA

No; si estoy convencida; si es un aire que hay en el Valle, que á todo el mundo envenena y daña menos á mí.

ROSAURA

¿Por qué? ¿Por lo que he dicho de las campanillas?

ENSOÑADORA

La señora Ignacia á cuanto ella no comprende le llama locura y desatino.

SEÑORA IGNACIA

La señora Ignacia lo que dice, y usted perdone, señorita, si entra en la danza con todos ellos, es que serán verdad las historias que esta refiere, y que en las entrañas de la tierra habrá hombrecillos enanos con tesoros muy grandes—ésta los llama no sé qué: *monos*, creo que los llama;—y que las flores se quejarán cuando les arrancan las hojas, como asegura el otro huesped, que para mí que anda perdido del seso; y que las campanillas se cerrarán para guardarse algo, como dice usted, y todo lo que se les antoje á usted, y á don Virgilio, y á la otra señora, que también es un poco romancera; pero hablemos en plata y vamos claros: si no guisa la señora Ignacia, ¿qué almorzamos hoy? ¡Pues no hay más que decir! ¡Y déjenme á mí de quimeras y de *monos* y de campanillas y de disparates! Se entra en el Monasterio.

Rosaura suelta la carcajada y la Ensoñadora sonríe.

ENSOÑADORA

La señora Ignacia, que tan buena es conmigo, ¿por qué no entenderá muchas cosas?

ROSAURA

No sé. Dime tú, Ensoñadora; que deseaba que se fuera para preguntártelo: ¿el libro tuyo...?

ENSOÑADORA

¿Qué? ¿Ha leído algo ya?

ROSAURA

Algo he leído, sí. Pero contéstame: ¿de tus manos ha pasado á las mías?

ENSOÑADORA

Sí. ¿No ve la señorita que lo tengo que recatar de la señora Ignacia y de Telmo? Esta mañana lo saqué de entre el hueco de las peñas en que lo guardo, y apenas encontré ocasión lo llevé á su celda.

ROSAURA

¿Y nadie más que tú lo ha tenido?

ENSOÑADORA

Nadie más.

ROSAURA

¿Ni siquiera un momento?

ENSOÑADORA

¡Ah! sí: un momento lo tuvo don Leoncio.

ROSAURA

¿Cómo se llama?

ENSOÑADORA

Don Leoncio: aquel caballero que ayer tarde...

ROSAURA

Ya sé.

ENSOÑADORA

El me ayudó también á coger las flores.

ROSAURA

¿Estas?

ENSOÑADORA

Y aquellas... Todas.

ROSAURA

Todas...

ENSOÑADORA

¿Y qué le ha llevado á pensar que alguien más que yo tuvo el libro?

ROSAURA

Unas palabras que he hallado escritas en la historia del *Rayo de luna.*

ENSOÑADORA

Como esas hay muchas en todo él.

ROSAURA

Como esas, no. Pensativa. Encantadas palabras...

ENSOÑADORA

Son del viajero que lo dejó olvidado.

ROSAURA

No: esas son del viajero que tuvo el libro en sus manos un solo instante.

ENSOÑADORA

¿Sí?

ROSAURA

Sí.

Aparece LEONCIO, que viene de la parte del campo. El y Rosaura se miran con emoción suprema, y sin palabras se saludan. La tierra que pisan alborozada se estremece, y flotando en olas de armonía puede oir un poeta rumor de besos y batir de alas. La Ensoñadora los contempla absorta, con reveladora alegría. Tras breve silencio, Leoncio le dice:

LEONCIO

Ensoñadora, ¿no sabes?

ENSOÑADORA

¿Qué?

LEONCIO

En la Peña Vieja donde encontraste el libro del poeta, ha nacido una extraña flor.

ENSOÑADORA

¿Una flor en aquella aspereza?

LEONCIO

Y bella y singular como no vi ninguna hasta ahora. Tiene pétalos claros y transparentes, que parecen de luz, y otros cárdenos y rojizos, como un celaje del anochecer. Su aroma, que perfuma el ambiente, embriaga, deleita... y hace llorar. Vé á verla.

ENSOÑADORA

Sí; á verla voy. Pero ¿no me ha dicho una fantasía?

LEONCIO

Tú verás cómo no.

ENSOÑADORA

Pues ha sido de ayer á hoy: es flor de esta aurora; que ayer estuve yo en la Peña, y no había flor alguna. ¿Qué viento llevó allí la semilla? Voy á verla. **Se va hacia el campo sugestionada y trémula de emoción.**

LEONCIO

A Rosaura, cuando la Ensoñadora desaparece. ¿Y usted, cree en esa flor original que ha nacido de ayer á hoy?

ROSAURA

¡Pobre Ensoñadora!

LEONCIO

No la compadezca: lleva la ilusión del camino.

ROSAURA

Sí; pero cuando llegue y no la vea...

LEONCIO

¿Y quién sabe si la verá? Su espíritu soñador le pone delante de los ojos lo que quiere. No suele ver las cosas á la luz que ellas tienen en sí, sino al reflejo divino que ella les presta cuando las mira. ¿Le entregó á usted su libro?

ROSAURA

Sí.

LEONCIO

Las flores ya he visto que se las entregó.

ROSAURA

Ruborosa. Sí.

LEONCIO

¿Aun no habrá usted leído...?

ROSAURA

Sólo algunas rimas.

LEONCIO

¿Nada más? Rosaura calla. ¡Oh, las rimas de Bécquer!

ROSAURA

Una compañera mía del colegio sabe de memoria muchas de ellas.

LEONCIO

Y se las recita á usted al oído. Contestando á la sorpresa de Rosaura. Lo dijo usted ayer.

ROSAURA

Es verdad. Le pedí el libro á la Ensoñadora porque tenía sed de leerlas todas; y ayer, después que le oímos aquella, se avivó mi deseo.

LEONCIO

Son de una delicadeza infinita; de un poder expresivo y sentimental, que inquieta y conmueve. No parecen escritas con palabras humanas, sino como soñaba él, con «suspiros y risas, colores y notas...» ¡Cuántas veces, en los vagos temblores del alma, que sabe y no sabe lo que desea, suben á los labios sus versos! Mirando con pasión á Rosaura.

Hoy la tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol...

ROSAURA

¡Qué linda es esa! ¡Creer en Dios porque lo mira una mujer!...

LEONCIO

Los enamorados, Rosaura, desdeñan el mundo que hizo Dios para todos, si ese mismo Dios no hace otro mundo aparte para ellos.

ROSAURA

No sé...

LEONCIO

¿No sabe?...

ROSAURA

Acabo de salir del convento de las Damianas.

LEONCIO

Sí; pero una compañerita le apuntaba al oído...

ROSAURA

Cosas de colegialas siempre.

LEONCIO

¿Siempre?

Si se turba medroso en la alta noche
tu corazón,
al sentir en tus labios un aliento
abrasador,
sabe que, aunque invisible, al lado tuyo
respiro yo.

¿No le dijo nunca esta estrofa su amiga?

ROSAURA

Turbada. No... no recuerdo...

LEONCIO

¿Y esta?

Cuando se clavan tus ojos
en un invisible objeto,
y tus labios ilumina
de una sonrisa el reflejo,
por leer sobre tu frente
el callado pensamiento,
que pasa como la nube
del mar sobre el ancho espejo,
diera, alma mía,
cuanto deseo:
¡la fama, el oro,
la gloria, el genio!

ROSAURA

Calle usted, por Dios...

LEONCIO

¿Que calle?

ROSAURA

¿He dicho que calle? No... no he querido decirlo... No sé lo que digo... Hable cuanto quiera...

LEONCIO

Sí he de hablar... ¿Encontró usted una flor inesperada entre las páginas del libro de la Ensoñadora?

ROSAURA

Sí.

LEONCIO

¿Y unas palabras escritas por mi mano junto á ella?

ROSAURA

También.

LEONCIO

¿Conoció usted quién las había escrito?

ROSAURA

Guardé la flor.

LEONCIO

¿Y las palabras?

ROSAURA

Esas quedaron, como la huella de la flor, en el libro.

LEONCIO

¿Y lo que dicen?

ROSAURA

En mi memoria está.

LEONCIO

¡Oh! ¡ilusión de mi vida! Nunca pude creer en este

momento. Persigo tu luz tiempo hace. Llegué á pensar que ibas á ser siempre para mí rayo de luna fugitivo, llama que borra el viento, voz lejana que me llamaba sin saber adonde... Eso llegué á pensar... ¡y te veo y me miras, y te hablo y me escuchas, y siento en el mío los latidos de tu corazón inquieto!

ROSAURA

Inquieto, sí...

LEONCIO

¿Qué temes?

ROSAURA

Nada... y todo. No sé... También en el libro del poeta he leído rimas desgarradoras, de un gran desencanto de amor, del amor herido en el corazón por la espalda...

LEONCIO

¡Oh! Ese amor no es el nuestro: no lo será nunca. Nuestro sol es el de las alondras. Nuestro amor es el que deshace el cielo en rayos de oro y estremece la tierra con el batir de sus alas invisibles. Las golondrinas que en tu balcón del Valle cuelgan esta primavera sus nidos, volverán siempre á contemplar tu hermosura y mi dicha. ¿Qué dices? Habla. Necesito oirte.

ROSAURA

Sí; pero no ahora.

LEONCIO

Ahora, no: razón tienes. A la noche; cuando todo repose en el Valle; cuando sólo la luna vigile el Monasterio. ¿Verdad?

ROSAURA

Sí.

LEONCIO

Asómate entonces al ancho balcón de tu celda, y al pie verás mi sombra.

ROSAURA

¡Silencio!

LEONCIO

¿Qué?

ROSAURA

Alguien llega.

LEONCIO

No importa: recordamos páginas del libro de la Ensoñadora. **Fingiendo que disimula para quien llega, y en rigor haciendo suyas una vez más las elocuentes palabras del poeta.**

Dos jirones de vapor
que del lago se levantan,
y al juntarse allí en el cielo
forman una nube blanca;

dos ideas que al par brotan,
dos besos que á un tiempo estallan,
dos ecos que se confunden...
eso son nuestras dos almas.

Aparece un poco antes la ENSOÑADORA y se detiene oyéndolo.

ROSAURA

Ensoñadora, ¿ya fuiste á la Peña?

ENSOÑADORA

Ya fuí.

LEONCIO

¿Y me perdonas el engaño, Ensoñadora?

ENSOÑADORA

¿Engaño? ¿Qué engaño, si allí está la flor, tan bella como me la pintaba?

LEONCIO

Allí está la flor... Adivinación fué de mi espíritu. Yo no sé qué soplo divino pasa hoy por el Valle.

ROSAURA

Yo tampoco lo sé. Pero sé que quiero leer el libro de la Ensoñadora.

Rosaura y Leoncio se despiden en voz muy queda. El se va por el campo y ella entra en el Monasterio. Antes de desaparecer, se miran.

LEONCIO

¿Hasta la noche?

ROSAURA

Hasta la noche.

LEONCIO

¿Por qué será el día tan largo y la noche tan breve?

ROSAURA

¿Qué importa que sea largo este día, si es más alegre que ninguno?

LEONCIO

Adiós.

ROSAURA

Adiós.

Durante este corto diálogo, apagado y tenue, la Ensoñadora, contemplando á los enamorados, y en voz también muy queda y dulce, dice:

ENSOÑADORA

Mientras haya unos ojos que reflejen
los ojos que los miran;
mientras responda el labio suspirando
al labio que suspira;
mientras sentirse puedan en un beso
dos almas confundidas;
mientras exista una mujer hermosa,
¡habrá poesía!

Cuando dice el último verso, ya está sola. El telón ha ido cayendo lentamente.

FIN DE LA COMEDIA

DESPUÉS DE LA COMEDIA

Si al terminar el segundo acto se levantara por dicha el telón para el clásico saludo al público de los intérpretes, la ENSOÑADORA, sola en escena todavía, y sin desposeerse de su aire poético é ingenuo, dirá así:

ENSOÑADORA

En la última página del libro encontrado un día por mí en la Peña Vieja, escribió el desconocido viajero: «Este divino poeta no tiene en su patria un recuerdo que á todos hable de su gloria.» De tan sencillas palabras nació el pensamiento que ha dado vida á esta comedia. Es él, elevar en tierra sevillana, no lejos del río á cuyas orillas soñó el poeta dormir «el sueño de oro de la inmortalidad», el recuerdo que echó de menos el viajero desconocido; misterioso viajero que olvidó para mí su libro en aquella aspereza donde hoy ha brotado una flor... Quienes compusieron LA RIMA ETERNA, para ello la compusieron no más. Hija del ideal, nació y creció entre alegría sana y generosa y lágrimas que reposan el corazón. Y al ofrecérosla hoy, os piden indulgencia para ella, calor y simpatía para el intento que le dió el ser, y amor para el poeta de las golondrinas...

Fuenterrabía, Agosto, 1910.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

Esgrima y amor, juguete cómico. (2.ª edición.)

Belén, 12, principal, juguete cómico. (2.ª edición.)

Gilito, juguete cómico-lírico. Música del maestro Osuna. (3.ª edición.)

La media naranja, juguete cómico. (3.ª edición.)

El tío de la flauta, juguete cómico. (3.ª edición.)

El ojito derecho, entremés. (3.ª edición.)

La reja, comedia en un acto. (4.ª edición.)

La buena sombra, sainete en tres cuadros, con música del maestro Brull. (6.ª edición.)

El peregrino, zarzuela cómica en un acto. Música del maestro Gómez Zarzuela. (2.ª edición.)

La vida íntima, comedia en dos actos. (3.ª edición.)

Los borrachos, sainete en cuatro cuadros, con música del maestro Giménez. (3.ª edición.)

El chiquillo, entremés. (6.ª edición.)

Las casas de cartón, juguete cómico. (2.ª edición.)

El traje de luces, sainete en tres cuadros, con música de los maestros Caballero y Hermoso. (2.ª edición.)

El patio, comedia en dos actos. (4.ª edición.)

El motete, pasillo con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El estreno, zarzuela cómica en tres cuadros. Música del maestro Chapí.

Los Galeotes, comedia en cuatro actos. (3.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I Galeoti* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La pena, drama en dos cuadros. (2.ª edición.) Traducido al italiano con el mismo título por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

La azotea, comedia en un acto. (2.ª edición.)

El género ínfimo, pasillo con música de los maestros Valverde (hijo) y Barrera.

El nido, comedia en dos actos. (3.ª edición.) Traducida al catalán con el título de *Un niu* por Joaquín María de Nadal.

Las flores, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *I fiori* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

Los piropos, entremés. (2.ª edición.)

El flechazo, entremés. (2.ª edición.)

El amor en el teatro, capricho literario en cinco cuadros, prólogo y epílogo. (2.ª edición.)

Abanicos y panderetas ó ¡á Sevilla en el botijo! humorada satírica en tres cuadros, con música del maestro Chapí.

La dicha ajena, comedia en tres actos y un prólogo. (2.ª edición.) Traducida al alemán con el título de *Das fremde Glück* por J. Gustavo Rohde.

Pepita Reyes, comedia en dos actos. (2.ª edición.)

Los meritorios, pasillo.

La zahorí, entremés.

La reina mora, sainete en tres cuadros, con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

Zaragatas, sainete en dos cuadros.

La zagala, comedia en cuatro actos. (2.ª edición.)

La casa de García, comedia en tres actos.

La contrata, apropósito.

El amor que pasa, comedia en dos actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *L'amore che passa* por Giuseppe Paolo Pacchierotti.

El mal de amores, sainete con música del maestro José Serrano.

El nuevo servidor, humorada.

Mañana de sol, paso de comedia. Traducido al alemán con el título de *Ein sonniger Morgen* por Mary v. Haken.

Fea y con gracia, pasillo con música del maestro Turina.

La aventura de los galeotes, adaptación escénica de un capítulo del *Quijote.*

La musa loca, comedia en tres actos.

La pitanza, entremés.

El amor en solfa, capricho literario en cuatro cuadros y un prólogo, con música de los maestros Chapí y Serrano.

Los chorros del oro, entremés.

Morritos, entremés.

Amor á oscuras, paso de comedia.

La mala sombra, sainete con música del maestro José Serrano. (2.ª edición.)

El genio alegre, comedia en tres actos. (2.ª edición.) Traducida al italiano con el título de *Anima allegra* por Juan Fabré y Oliver y Luigi Motta.

El niño prodigio, comedia en dos actos.

Nanita, nana... entremés con música del maestro José Serrano.

La zancadilla, entremés.

La bella Lucerito, entremés con música del maestro Saco del Valle.

La patria chica, zarzuela en un acto. Música del maestro Chapí. (2.ª edición.)

La vida que vuelve, comedia en dos actos.

A la luz de la luna, paso de comedia.

La escondida senda, comedia en dos actos.

El agua milagrosa, paso de comedia.

Las buñoleras, entremés.

Las de Caín, comedia en tres actos.

Las mil maravillas, zarzuela cómica en cuatro actos y un prólogo. Música del maestro Chapí.

Sangre gorda, entremés.

Amores y amoríos, comedia en cuatro actos.

El patinillo, sainete con música del maestro Gerónimo Giménez.

Doña Clarines, comedia en dos actos. Traducida al italiano con el título de *Siora Chiareta* por Giulio de Frenzi.

El centenario, comedia en tres actos.

La muela del Rey Farfán, zarzuela infantil, cómico-fantástica. Música del maestro Amadeo Vives.

Herida de muerte, paso de comedia.

El último capítulo, paso de comedia.



Pompas y honores, capricho literario en verso por *El diablo cojuelo.*

La madrecita, novela publicada en *El cuento semanal.*

ACABÓSE DE IMPRIMIR ESTA COMEDIA
EL DÍA XXVI DE NOVIEMBRE DEL
AÑO MCMX EN LA IMPRENTA
DE REGINO VELASCO

Edición especial

cuyos productos se destinan á los gastos del monumento á Bécquer.

—

3 pesetas.

